

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

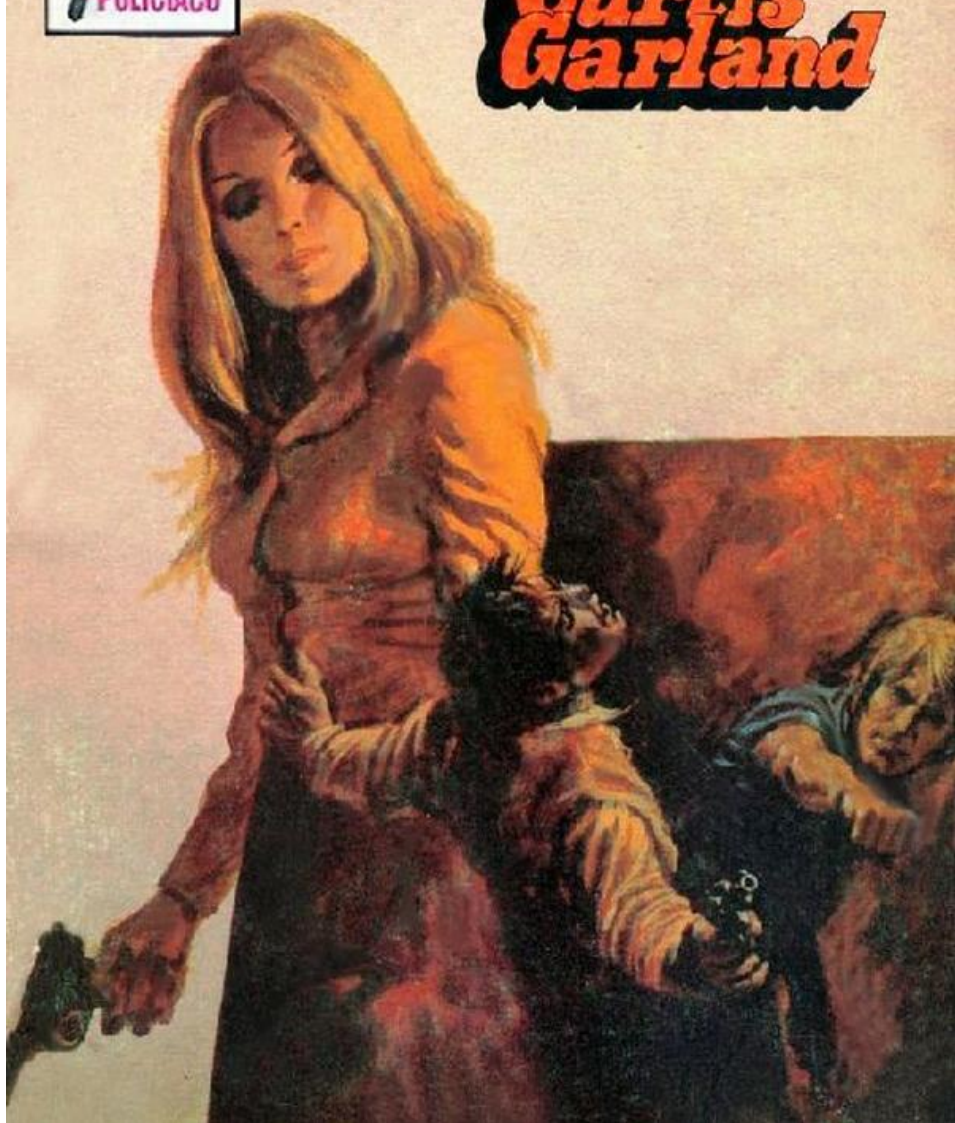
BOLSILIBROS



POLICIACO

**PAJAROS
LLAMEANTES**

**Curtis
Garland**





**SERVICIO
SECRETO**



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.754 — La isla de los espías.

En Colección PUNTO ROJO:

1.145 — Neurosis criminal.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

**PAJAROS
LLAMEANTES**

Colección SERVICIO SECRETO n. ° 1761
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02513-7

Depósito legal: B 16662-1984

Impreso en España -Printed in Spain

1ª edición en España: julio, 1984

1ª edición en America: enero, 1985

© Curtis Garland - 1984

texto

© Fabá - 1984

Cubierta

Concedidos derechos de autor a favor
de EDITORIAL BRUGUERA , S. A.
Camps y Fabrés, 5 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o
actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152. Km 21.650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

La primera vez que Aaron Strasberg vio llamear las alas de los pájaros de la muerte, no podía saber que él también se acabaría viendo involucrado en aquella espantosa pesadilla de los flamígeros seres alados, auténticos emisarios del Mal, embajadores infernales llegados de nadie sabía dónde.

En aquella ocasión, Aaron Strasberg era solamente un testigo algo alejado del escenario de la tragedia. Posteriormente estaría mucho más cerca de los hechos, para desgracia suya. Pero eso, entonces, él no podía saberlo. Se limitó a ver con sus propios ojos, sin poder intervenir, y casi sin dar crédito a lo que veía, la más espantosa escena de horror imaginable.

Ello sucedió cuando regresaba de sus vacaciones en la montaña, conduciendo su Land Rover a través del abrupto paisaje, bajo una redonda y enorme luna llena que era como una gigantesca moneda de plata colgada de un cielo oscuro, tachonado de remotas estrellas.

Era una de esas noches que se prestan más a románticos sentimientos y bucólicas esperanzas que a temores y angustias. No es que Aaron Strasberg fuese nada romántico ni sentimental, pero lo último que hubiera esperado ver esa noche fue precisamente lo que vio.

Y lo que jamás había imaginado es que pudiera contemplar el vuelo de los pájaros de fuego.

Una urgente llamada por radio a su refugio en los Adirondacks, al norte de Nueva York, le había puesto en marcha de nuevo hacia la civilización, la ciudad, su tráfico irritante de gentes, vehículos, ruidos y luces, abandonando tras de sí la calma idílica de su rincón salvaje en las montañas, junto al Indian Lake. No disponía de teléfono, precisamente para evitar el contacto con el mundanal

ruido durante sus periodos de descanso alejado de la política y de las actividades inherentes a su alto cargo oficial. Pero sí disponía de una pequeña emisora receptora de radio de onda corta para una comunicación de emergencia.

Ése había sido el caso ahora: una llamada de la máxima urgencia de la sede de su organismo en Nueva York. Algo andaba mal en el mundo, y la gente como Aaron Strasberg tenía que ser movilizada. No es que las cosas fueran demasiado bien en ninguna parte desde hacía años, pero las crisis internacionales y las tensiones entre países pequeños, grandes potencias o áreas de influencia de todas éstas eran ya pan de cada día sobre las mesas de la ONU y de los demás organismos supranacionales.

Para recibir aquella breve llamada en clave desde su centro operativo de Nueva York, es que alguna cosa estaba real mente mal, por no decir peor. De otro modo, no se hubieran molestado en requerir su presencia inmediata en la ciudad.

Rechazó el ofrecimiento de enviarle un helicóptero, entre otras cosas porque aborrecía tal modo de viajar y porque el ruido del aparato le ponía nervioso. Y optó por el medio más corriente de desplazamiento en las zonas montañosas: el Land Rover. Después de todo, pese a la posible urgencia del asunto, no tardaría más de cuatro horas en recorrer las casi doscientas millas de distancia hasta la urbe, y la cuestión, al parecer, no era tan apremiante como para poder resolverla contra reloj. Sencillamente, era de urgencia y de absoluta prioridad, pero nada más. Strasberg sabía que, con nervios, precipitaciones y agobios, rara vez se conseguía algo positivo.

Rodó durante más de media hora a una velocidad forzosamente reducida, a causa de las curvas de la carretera y lo accidentado del terreno montañoso de los Adirondacks, pero pronto vislumbró ante sí la ruta llana, dejando atrás las montañas, y se dispuso a pisar a fondo el acelerador a partir de allí.

Entonces ocurrió. Justamente ante sus ojos.

Inicialmente creyó que eran reflejos provocados por algún fuego en la campiña o por algún posible incendio. Daban la impresión de fuegos fatuos, pero flotando en el aire, no a ras de tierra como en los cementerios. Brillaban intermitentes en la noche, allá frente a él, planeando cada vez más bajos hacia la carretera que serpenteaba a sus pies, tras las últimas alturas montañosas, para enfilear la ruta

llana en dirección a la autopista 87, directa ya a la ciudad de Nueva York. Para salir de Indian Lake era preciso dar un cierto rodeo por las carreteras provinciales, exactamente las 30 y 50, para llegar a Ámsterdam y Schenectady, que conducían luego a la 87 directamente.

De repente, las aparentes luces reflejadas cobraron forma tangible en el aire de la noche, claramente alumbrado por la luna y las estrellas. Observó, sorprendido, que se movían de forma regular y poderosa, con movimiento de vaivén arriba y abajo. Eran formas aladas, no había duda.

—Parecen pájaros... —musitó Strasberg, reduciendo la velocidad de su Land Rover—. Pero no tiene sentido. Están envueltos en llamas...

Era cierto. Aquellas alas llameaban extrañamente. No era una luz fosforescente, a flor de piel. Eran llamas oscilantes, llamas brotando de aquellas formas aladas, como si estuvieran hechas de fuego.

—Pájaros de fuego... —gruñó Strasberg, que por fortuna para él era abstemio y difícilmente podía admitir la existencia de visones o alucinaciones etílicas—. Cielos, eso no puede ser. Stravinski no se inspiró en nada real para su obra, eso es evidente...

Pero fuesen lo que fuesen aquellos cuerpos alados, volando majestuosos y rápidos en la noche, se precipitaron ahora hacia un automóvil que rodaba a bastante distancia del suyo, y que era, por cierto, también un Land Rover como el que conducía él. Observó que el coche hacía extrañas maniobras y su conductor intentaba eludir el vuelo rasante de aquellas extrañas formas flamígeras. El coche llevaba el toldo echado, ya que la noche era fría, aunque serena, especialmente en las montañas, y no pudo ver a su ocupante u ocupantes, pero los frenéticos movimientos en zigzag del coche, acosado una y otra vez por aquella bandada de increíbles pájaros de luz roja y llameante, le dieron a entender claramente que estaban pasando graves apuros y un auténtico terror en su desesperado afán por eludir a los pajarracos siniestros.

Luego, el coche se empotró en una cuneta, a punto de volcar, tras una maniobra demasiado violenta de su conductor. De una portezuela salió alguien, esgrimiendo un rifle de caza con el que disparó a la desesperada hacia los cuerpos ardientes que aleteaban

en torno al coche, en una escena verdaderamente alucinante, que Strasberg aturdido, sin poder reaccionar, aunque ya su mano se había hundido instintivamente en la guantera del coche, para empuñar la potente Magnum especial que llevaba consigo en viajes así, aunque maldito si sabía qué podía hacer a aquella distancia y contra aquella formación de aproximadamente una docena de aves llameantes, como surgidas del mismo infierno.

Cuando el hombre del rifle hubo hecho varios disparos, ocurrió lo más terrible de todo. De forma ordenada, inesperada y velozmente, todos los pájaros cargaron contra él, descendiendo en picado, como flamígeros aviones diminutos, lanzados a toda velocidad contra él. Un alarido debió escapar de sus labios, a juzgar por sus gestos y ademanes angustiados. El rifle escapó de sus manos cuando aquellas aves diabólicas picotearon su cuerpo y le rodearon en forma de alud incendiario.

Strasberg reaccionó al fin, acelerando la marcha en descenso de su coche, carretera abajo, en dirección al escenario del extraño drama. Pero no podía llegar a tiempo, lo sabía.

El hombre del otro Land Rover rodaba por la desierta carretera, bajo la luz plateada de la redonda luna llena, envuelto materialmente en aquellas aves agresoras. Cosa sorprendente, las ropas y cabellos del individuo no ardían al contacto con los animales alados. Pero repentinamente, el cuerpo hizo unos espasmos en tierra y se quedó rígido, inmóvil en medio del asfalto.

Los pájaros remontaron el vuelo de inmediato, describieron un círculo sobre el cuerpo inmóvil y el *jeep* medio volcado contra la valla protectora de la cuneta, y terminaron por reanudar su vuelo, remontando las alturas y alejándose hacia la distancia, en dirección sur-sudoeste. En pocos instantes, fueron simples puntos luminosos en la distancia, confundiéndose con el destello de las estrellas. Por fin, no fueron nada.

La noche se los había tragado sin dejar rastro. Tan misteriosamente como llegaron, se habían eclipsado en el negro cielo nocturno. De su paso por aquel lugar sólo quedaba un vestigio: el cuerpo inerte en medio de la carretera.

Aaron Strasberg no sabía qué pensar, mientras su coche rodaba velozmente hacia el escenario de tan extraña batalla. Cuando llegó allí, saltó a tierra empuñando su Magnum a punto de ser disparada.

Pero en el paraje no había nadie salvo él mismo y el hombre caído en el asfalto. El único ruido perceptible al parar su motor, fue el gotear de aceite y gasolina del *jeep* medio volcado, y el crujido de sus botas sobre el suelo terso y gris de la carretera.

Llegó junto al caído. Le examinó con prudencia, a cierta distancia, no sin antes escudriñar el aire en torno suyo, precavidamente.

Perplejo, estudió el aspecto del hombre inerte. Su inmovilidad era absoluta. Tenía los ojos vidriosos, dilatados por un horror sin límites, la boca contraída en lo que parecía un rictus de dolor y agonía, y no se apreciaban en su persona ni sus ropas huellas de picotazos, heridas o quemaduras. Si aquellas aves eran realmente de fuego, tenían una extraña virtud: no quemaban nada de lo que tocaban.

Se arrodilló ahora, tocando el cuello del hombre. No halló pulso alguno. Estaba muerto, de eso no había duda. Sintió un escalofrío. Él había visto muchas cosas raras en su vida. Su organismo no era precisamente rutinario ni tedioso en sus actividades. Pero jamás se enfrentó a nada parecido. Un hombre rodando por una carretera, acosado de repente por una bandada de pájaros llameantes, que cae muerto tras el ataque de esas aves, sin señal de heridas, sin sangre en su piel, sin destrozos ni quemaduras en sus ropas ni su epidermis. Absurdo por completo. Pero había sucedido ante sus propios ojos. A menos que un simple colapso, producido por el terror, hubiera terminado con el pobre hombre.

Le sorprendió ver que, en cierto modo, eran parecidos él y el muerto. No físicamente semejantes en nada facial, sino en la contextura vigorosa, la edad madura, los cabellos entre canos, las facciones anchas y el cuerpo musculoso. Sólo que él vestía una vulgar cazadora de cuero gastada, pantalones de pana y botas campestres, mientras que la víctima del insólito hecho lucía un impecable traje gris perla, camisa de seda, corbata azul marino y caros zapatos de piel de cocodrilo, con hebilla dorada. Un atuendo poco habitual para viajar por las montañas en un Land Rover, pensó Strasberg, preocupado. El coche «todo terreno», como el suyo propio, estaba matriculado en el estado de Nueva York.

«Pude haber sido yo la víctima, si me anticipo un poco a este hombre», meditó Aaron nada optimista, frunciendo el ceño y

apretando con fuerza entre sus dedos la culata de su Magnum especial, capaz de pulverizar el cráneo de un bisonte a corta distancia, tal era su calibre y poder explosivo, puesto que se trataba de balas especiales con cápsula de cobre en el interior, conteniendo munición número 12, en una suspensión de teflón líquido. Un solo disparo bastaba en todos los casos, dados los efectos terroríficos que se producían en la carne de la víctima al soltar su carga tras penetrar en el blanco.

Por fortuna, ningún pajarraco, llameante o no, volaba en la noche en torno a él, mientras una leve brisa fría y seca agitaba los ramajes de un cercano bosque, más allá de los límites de la vía de asfalto.

Con profesional eficiencia, Strasberg se inclinó de nuevo junto al caído y examinó sus bolsillos, en busca de alguna señal de identificación de la víctima.

Encontró su billetera con documentos, tarjetas de crédito, etc. Supo por todo ello que se llamaba Stuart R. Campbell y era alto ejecutivo de una importante multinacional con sede en Nueva York.

Todo eso no le dijo nada. Lo que atrajo de inmediato su interés, de un modo profesional, fue el hecho de que entre sus cosas hubiera un paquete de cigarrillos de marca poco habitual, y una carterita de fósforos de un *snack* y motel de Indian Lake, cerca de su refugio habitual de solitario pescador. Había pasado por allí poco antes, al abandonar su cabaña, como sin duda pasó su antecesor en aquella ruta convertida ahora en senda de muerte, porque llevaba una factura también del propio *snack*, por el importe de una cerveza, un emparedado y un café, fechada aquel mismo día.

Strasberg frunció el ceño. Había algo curioso en aquel suceso. Un hombre parecido físicamente a él a primera vista, en un Land Rover como el suyo, matriculado en Nueva York, parándose a tomar algo en su habitual sitio de visita, donde él no se detuvo también a tomar algo por verdadero milagro. Incluso el paquete de cigarrillos de marca nada corriente era idéntico a los que él adquiriría. Otra coincidencia curiosa. Y posiblemente fatídica.

Porque la idea, inquietante y hasta fantástica, empezaba a abrirse paso en la mente de Aaron, mientras contemplaba aquel cuerpo sin vida.

«¿Y si el ataque de esos extraños pájaros hubiera estado

destinado a mí y no a él?».

Subió rápidamente a su coche, tras apartar a la cuneta al hombre muerto, y sólo cuando se cruzó con un coche patrulla de la policía de carretera, hizo señas con su claxon y faros, deteniendo a los agentes. Les informó de que había visto un accidente en la zona del suceso, ocultando la existencia de los pájaros de fuego, que le hubiera retenido excesivamente con aquellos policías. Dijo que, al examinar al automovilista, comprobó que estaba muerto. Dio su nombre y señas en Nueva York, mostró una credencial, y los agentes le saludaron respetuosamente, dejándole seguir su marcha sin más retenciones.

Era importante ser miembro de las Naciones Unidas, pensó Aaron. Y más importante aún ser funcionario de una oficina de inteligencia muy afín al «*lobby*» judío en los Estados Unidos.

Pero su lúgubre idea de ahora es que esa importancia suya también podía ser motivo para ser atacado por pájaros asesinos de alas de fuego, enviados tal vez por alguien que deseaba ver muerto a Aaron Strasberg antes de llegar esa noche a Nueva York, acudiendo a una llamada de urgencia por motivos de grave crisis internacional en un determinado y muy caliente punto del mundo...

CAPÍTULO II

Keith Barnes, ex agente especial de la Agencia Central de Información de los Estados Unidos, ahora retirado a una vida tranquila, sonrió a su visitante, moviendo con suavidad la cabeza.

—Lo siento, señorita —dijo apaciblemente—. No me gusta hablar de mis viejos asuntos en la CIA con nadie, no soy uno de esos que luego viven de editar libros sensacionalistas o de publicar seriales periodísticos con todos los trapos sucios de la Agencia y de mi vida profesional dentro de ella.

Lynn Wilcox, de la Cadena de Televisión del Este, la INE NEW, o International Eastern Network, así como de las emisoras de radio QW-Eastern, torció un poco su gesto, lo que en modo alguno logró mermar un ápice su encanto personal, entre malicioso e ingenuo, bajo los cabellos intensamente rojos. Se cruzó de piernas, sin importarle demasiado que ello permitiera exhibir sus bien torneados muslos ante los ojos grises y perspicaces de su interlocutor, y musitó dulcemente, con su bloc y su lápiz en alto:

—Vamos, vamos, señor Barnes, no mencione la palabra «viejos», al referirse a sus recuerdos profesionales. Se ha retirado usted muy joven del servicio activo...

—Fue una decisión a nivel personal —admitió gravemente el ex agente, con una leve sombra de amargura cruzando fugaz por sus pupilas color pizarra, frías y penetrantes, en el rostro anguloso, como tallado en granito—. Podría haber trabajado para la Agencia durante quince años más. Pero aquello pasó. Y ahora vivo una existencia tranquila y monótona, lejos de la actualidad. Por eso me extraña que me haya elegido para su reportaje, señorita Wilcox.

—Hay una razón para que haya venido a verle hoy con la intención de conseguir de usted un reportaje de interés para mi

cadena de TV y radio, señor Barnes —confesó la joven pelirroja apoyando el bloc distraídamente sobre sus pechos, que no por ello perdieron su firmeza y agresividad bajo su blusa—. Creo que su última misión en su vida profesional fue en el golfo Pérsico...

De nuevo aquella sombra furtiva nubló un instante los ojos del antiguo agente de la CIA, pero fue muy breve, mientras su voz serena respondía con brevedad:

—Cierto. Fueron tiempos difíciles, con la revolución islámica comenzando a emerger peligrosamente en la zona. Pero aquello se calmó por fin, usted lo sabe.

—Sí, se impusieron los Estados Árabes moderados, y la tensión cedió —dijo ella con una suave sonrisa, dejando vagar su mirada por el verde espacio ajardinado que rodeaba la residencia de Keith Barnes en aquella zona residencial del norte de la ciudad, con aire distraído—. Pero ahora las cosas han vuelto a complicarse, ¿no?

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Barnes enarcando las cejas, fija en ella su mirada.

—Vamos, no me irá a decir que ignora lo que acaba de ocurrir anoche mismo en el golfo Pérsico...

—Le aseguro que no tengo la menor idea —confesó el ex agente con apariencia de sinceridad, moviendo negativamente su cabeza—. Me acosté tarde, lo confieso, pero porque di una pequeña fiesta a mis amistades. No he escuchado noticias, no he leído el periódico, y sólo me he levantado para atenderla a usted. Mi contestador automático aún no ha sido siquiera examinado esta mañana, se lo prometo.

—Pues hará bien en mirarlo cuanto antes. Seguro que hay alguna llamada urgente para un hombre como usted, experto en cuestiones árabes, dominando varias lenguas de países del golfo e incluso dialectos del interior.

—¿Quiere ser usted quien por una vez me informe a mí y no yo a usted, señorita Wilcox? —rogó muy seriamente Barnes—. Le confieso que no sé nada de nada. ¿Acaso han bloqueado ya definitivamente el estrecho de Ormuz al petróleo?

—Peor que eso —suspiró la joven, golpeando con la punta de su lápiz sobre las rodillas—. Ha estallado la revolución en el Sultanato de Yazdán. Una revolución sangrienta que lleva ya varias horas de existencia y pone en peligro toda la paz de la zona.

—¡Cielos! —Barnes mostró auténtica sorpresa e inquietud. ¿Está segura de eso?

—Por completo. Las últimas ediciones de los diarios ya traen la noticia en primera página.

—De modo que al final los chiíes se salen con la suya... El Sultanato de Yazdán es uno de los países más moderados y prooccidentales del golfo... Y su sultán, Abd el Kazar, un hombre educado en los Estados Unidos e Inglaterra, prudente y conservador...

—Eso es lo sorprendente, señor Barnes. Los revolucionarios están atacando por igual a prooccidentales y a islámicos extremistas. Mezquitas chiitas, iglesias o capillas y mezquitas musulmanas de los religiosos moderados están siendo atacadas e incendiadas. Han asesinado a numerosos occidentales, a tropas y leales al sultán... pero también, inexplicablemente, a los más extremistas islámicos del país, cuyas bajas se cuentan ya por decenas como mínimo, incluyendo *ayatollahs ho yatolesman* y cuantos cargos religiosos o políticos relacionados con el islam puro puedan existir en el país (*Como el lector podrá fácilmente comprobar, el autor presenta en esta obra países que no existen, aunque los ubique imaginariamente en el golfo Pérsico. Ello es evidentemente, para evitar alusiones molestas a nadie, así como para delimitar este relato en su contexto puramente imaginativo, ajeno a la realidad, por otro lado, bastante critica también, de los países de aquella área.*

—Pero eso no tiene el menor sentido... —pestañeó Barnes, asombrado—. A menos que sea una revolución marxista contraria a todo cuanto signifique Occidente o Islam...

—No, señor Barnes. Un consulado soviético, y una empresa petroquímica de nacionalidad rusa han sido atacadas e incendiadas por las turbas revolucionarias de madrugada, contándose bastantes bajas entre el personal de la URSS allí residente. Como ve, otra posibilidad que se esfuma para explicar ese absurdo suceso...

Barnes estaba realmente impresionado. Parecía presa del desconcierto, y miraba a su joven y bella visitante con perplejidad. Se puso en pie, algo nervioso.

—Por favor, ¿le importaría pasar dentro de la casa, pese al excelente día de que disfrutamos? —pidió algo nervioso—. Voy a comunicar con Washington y comprobaré mi contestador

automático por si acaso. Aunque estoy fuera del ámbito de problemas internacionales, nunca se sabe si alguien ha podido requerir mi colaboración...

—Claro, señor Barnes —asintió la joven, poniéndose en pie—. Iré con usted adonde me diga.

—Gracias. Pero le ruego que, si le doy alguna información de cariz estrictamente confidencial, no la haga pública hasta el momento en que yo la autorice a ello. A cambio de eso, le prometo contarle bastantes cosas para sus oyentes y telespectadores, ¿de acuerdo?

—Un trato es siempre un trato —sonrió ella complacida, alisándose la falda sobre sus bonitas piernas—. Adelante, señor Barnes. Seré una tumba para las cuestiones de máxima gravedad, se lo prometo.

Cruzaron el sendero de gravilla hasta la casa, entrando en la residencia amplia y confortable donde Keith Barnes vivía una existencia aislada, lejos del mundo de frenesí y acción donde había pasado los mejores años de su vida, hasta que a los treinta años exactamente abandonó la CIA por motivos personales que jamás reveló a nadie, salvo a sus superiores en la Agencia.

El contestador le reveló no una, sino al menos diez llamadas urgentes, hechas en la noche, pidiéndole que hiciese llamadas inmediatas a varios números de Nueva York y de Washington. Uno de ellos correspondía precisamente a una línea de la CIA que no figuraba en guía telefónica alguna.

También había una llamada sorprendente para Barnes. Escuchó la voz al teléfono, grabada en el contestador:

«Keith, soy tu viejo amigo Aaron Strasberg, de la Oficina Israelí de Información en Nueva York. Tengo que hablar contigo urgentemente. Algo muy feo está ocurriendo en el golfo Pérsico. Puede ser peor de lo que imaginamos. Tengo la sospecha de que esta misma noche alguien intentó asesinarme de un modo muy extraño, pero falló en sus propósitos y se equivocó de víctima. Trata de recordar algo sobre pájaros de fuego. Me baila una idea confusa en la mente al respecto, pero no logro situarla ni localizarla concretamente. No creas que divago. Es importante. No dejes de llamarme».

Barnes escuchó esas palabras con expresión de perplejidad. Lynn

Wilcox, ante él, había transcrito taquigráficamente todo el mensaje con rapidez. El ex agente miró a la joven gravemente.

—Por favor, no publique eso bajo ningún concepto —rogó—. Es top secret de momento.

—¿Ése Aaron Strasberg es el motivo del top secret?

—Sí. No conviene airear su nombre. Tiene muchos enemigos en el mundo árabe. Pero también amigos, por paradójico que parezca. No le sentaría nada bien la publicidad a su trabajo, se lo aseguro. No esperaba oír una llamada suya, la verdad.

—Lo supongo —sonrió ella irónica—. Si no, no me la hubiera dejado escuchar.

—Exactamente —admitió él, algo seco. Luego dulcificó esa sequedad con una leve sonrisa—. Ahora, va a permitirme que me quede solo y haga varias llamadas. Si quiere esperar me fuera, puede hacerlo oyendo música, poniendo un vídeo-cassette o tomando una copa, pero puede ocurrir que salga disparado de casa en cuanto termine de hablar con varios amigos, señorita Wilcox.

—No importa. Esperaré —ella se encaminó a la puerta—. ¿En ese *living* de fuera?

—No. Max, mi criado, la llevará al lugar más confortable posible —dijo, pulsando un timbre.

—Que, a la vez, será el más alejado de donde usted llame —sonrió ella—. Y sin posibilidad de escuchar por un supletorio...

—Así es —admitió él, burlón, con una leve reverencia, cuando su criado Max, un fornido negro experto en artes marciales y de su total confianza, entró para atender la llamada. Se llevó a la joven a requerimiento de Keith, y éste se quedó solo, precipitándose a un teléfono también de línea especial, no señalada en guía alguna, y cuyas medidas de seguridad en torno a su tendido impedían toda posible escucha o interferencia.

Según la CIA, incluso un ex agente suyo debía de tener ciertas medidas de seguridad en torno, aunque eso a él siempre le había parecido ridículo. Ahora se empezaba a preguntar si su viejo jefe en la Agencia, el duro y frío Thorley Quentin, no tendría toda la razón al adoptar semejantes normas preventivas en torno a sus antiguos hombres, ya retirados a la vida privada.

Hizo varias llamadas a Washington y Nueva York. Habló con personas muy directamente relacionadas con los asuntos árabes,

incluido un alto miembro del consulado del Sultanato de Yazdán en Nueva York. Todos ellos le confirmaron la noticia dada por Lynn Wilcox poco antes, con más o menos detalles. Las últimas noticias llegadas de Masnak, capital del Sultanato, eran confusas y preocupantes. En la capital sólo hubo esporádicos brotes de violencia, sofocados al parecer por la Guardia Nacional del sultán, pero otras ciudades, como Kebir y Alkamán, situadas al sur del Sultanato, parecían estar en poder de los extraños revolucionarios, cuya naturaleza estaba aún por definir. Se ignoraba si era un movimiento de cariz político o religioso, pero fuese como fuese, tantos islámicos extremistas como prooccidentales, cristianos o musulmanes moderados, eran víctimas de la furia de los rebeldes. Lo más sorprendente de todo, es que también los intereses de la URSS en el Sultanato, lo mismo que los de los Estados Unidos, estaban siendo dañados gravemente por la revolución.

Llamó a Strasberg, pero no pudo localizarle en su oficina ni en parte alguna. Le confirmaron que había regresado urgentemente aquella misma madrugada de su refugio en los Adirondacks, pero que estaba ilocalizable por el momento.

Su última llamada fue para el propio Thorley Quentin, de la CIA. a través de la línea secreta. El propio Quentin se puso al teléfono. Su voz glacial sonó poco amistosa por la línea:

—¿Sí? ¿Quién llama?

—Suponía que ya lo imaginaba, viejo zorro —dijo sarcástico Barnes.

Quentin tenía unos sentidos muy agudizados. El oído era uno de ellos. No le costaba nada identificar una voz. Incluso si era imitada podía detectarlo.

—Hola Barnes —saludó, seco—. ¿Te has enterado ya de todo?

—Poco más o menos. Las cosas están feas por allá, ¿no?

—Si, bastante feas. Tengo un télex de última hora, llegado hace sólo tres minutos. Las cosas se agravan en Kebir. Y en el oleoducto del desierto. También el puerto petrolífero de Rasdar está siendo bombardeado por aviones rebeldes. Al parecer, se teme que una facción del ejército yazdani, la más joven de la oficialidad, forme parte de los revolucionarios.

—Pero ¿por qué? ¿Qué o quién mueve los hilos de esa trama?

—Francamente, sabemos tanto como tú. Todo el asunto es un

enigma.

—¿No será cosa vuestra? —sugirió Keith receloso, conociendo los sinuosos métodos de la Agencia en ciertos aspectos.

—Rotundamente, no. Tampoco es cosa de los rusos, me consta. Pero maldita sea, es que los chiíes están furiosos y asustados también. En Teherán han emitido un comunicado muy duro contra los rebeldes yazdaníes. Y Jomeini no es precisamente un buen amigo del sultán, todos lo sabemos. De modo que todo eso nos deja en tinieblas.

—Ya. ¿Y qué tengo yo que ver en todo eso? Soy Keith Barnes, un ciudadano privado americano, que no pincha ni corta en asuntos así, ¿lo recuerda, Quentin?

—Yo nunca olvido nada —fue la seca respuesta—. Pero cuando te llamo es por algo.

—Sí, eso imaginé en seguida —suspiró Barnes—. ¿Qué quiere de mí?

—Colaboración, Barnes.

—No pertenezco ya a la CIA. Prometí no mezclarme nunca más en sus asuntos.

—Eres el hombre que mejor conoce la lengua árabe, el que más amigos tiene en esa zona del mundo, sean islámicos, prooccidentales o proisraelíes incluso. El país te necesita. Los sucesos de Yazdán pueden ser muy graves. El Sultanato no sólo posee grandes reservas petrolíferas. Su situación estratégica es vital en la zona y, posiblemente, en todo Asia. Su alianza con nuestro país es una sólida garantía de equilibrio en el golfo. Todo eso se irá al traste si allí surge algo nuevo y desconocido, que forzosamente ha de estar relacionado con nacionalismos extremistas de tipo religioso o político totalmente fanatizado, a juzgar por las informaciones.

—¿Qué se espera que haga, en este caso? No estoy obligado a nada.

—Lo sé. Es un ruego personal. He hablado con el Presidente. Me ha dicho que te ocupes tú del asunto como sea. Todos saben ya en los Servicios de Inteligencia que no eres de la CIA. Usa eso en tu favor. Viaja con cualquier pretexto al golfo. Y trata de averiguar qué sucede. Serás generosamente recompensado. Y el Presidente, de modo personal, te agradecerá la misión. No se te pide como agente

antiguo de nuestra Agencia. Barnes. Se te pide como patriota americano.

—Olvidó poner Stars and Stripes Forever al decir eso, Quentin —bromeó sarcásticamente Barnes—. Hubiera sonado majestuoso y patético.

—Vete al infierno, muchacho. ¿Aceptas o no?

—Creo que, habiéndolo decidido la Casa Blanca, no me queda otra alternativa —suspiró Keith resignado—. Iré a Washington esta misma tarde.

—No, no lo hagas —cortó, rápido. Quentin—. Es mejor que ni nos veamos, Barnes. Ve a nuestra oficina en Nueva York. Hablaremos allí por un circuito cerrado de televisión, mediante dúplex. Será mejor. Que no te relacionen otra vez con nosotros. Luego, inventa algo que justifique un viaje urgente a Masnak. Tienes muchos amigos allí, ¿no? Di que alguno de ellos es socio tuyo en un negocio floreciente. Nuestros agentes árabes en la zona te ayudarán en todo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Dentro de dos horas estaré en la oficina de Nueva York.

—Perfecto. Prepararemos la conexión de TV entre esta oficina y aquélla. Que todo vaya bien, muchacho.

—Muy amable. Ah, una cosa antes de colgar, Quentin. ¿Qué puede decirme la CIA de los pájaros de fuego?

—¿De qué? —La voz de Quentin reveló auténtico asombro.

—Nada, olvídelo —bostezó Keith, colgando el aparato. Luego se quedó pensativo, con la mirada perdida en el vacío. Musitó entre dientes—: Pájaros de fuego... Sólo conozco un *ballet* con ese nombre, el de Stravinski... ¿Qué diablos habrá querido decir con eso Aaron?

Se encogió de hombros, descolgó otro teléfono y reservó un pasaje en el primer vuelo Nueva York-Masnak. Salía aquella noche, y le advirtieron de la situación en el Sultanato. Barnes insistió en su reserva, y al mencionar la empleada de la compañía de viajes la posibilidad de suspensión de los vuelos al Sultanato, Barnes pidió que confirmaran la reserva a su nombre a través del consulado de Yazdán en Nueva York. Minutos más tarde le llamaban para decirle que no tendría problemas en el vuelo. Si el avión regular no salía, las Líneas Aéreas Yazdaníes pondrían un vuelo chárter a disposición

de los viajeros con reserva.

Satisfecho, colgó, disponiéndose a partir hacia la ciudad. Recordó entonces a la joven periodista y se encaminó a la salita donde Max la aposentara.

Para su sorpresa, la pelirroja muchacha había desaparecido sin dejar rastro. En el televisor estaban pasando imágenes de un noticiario de urgencia, vía satélite, con escenas dramáticas en las calles de Masnak, la capital del Sultanato. La ONU había convocado al Consejo de Seguridad para estudiar el problema, y según las últimas noticias, una serie de unidades de la Flota de los Estados Unidos habían zarpado con rumbo desconocido, suponiéndose que su destino era precisamente el Golfo Pérsico.

La situación se deterioraba por momentos. Vio un papel escrito apresuradamente, una hoja del bloc de la periodista, situado cuidadosamente en la mesita, bajo el cenicero de vidrio. Lo tomó, leyendo su breve mensaje:

«Debo irme. La situación en Yazdán se agrava. Lo siento. Otro día hablaremos usted y yo. Tal vez nos veamos pronto. Un saludo.

»Lynn».

Eso era todo. Barnes se encogió de hombros, y llamó a Max, para preparar su maleta y cambiarse de ropa para tomar el coche hacia el centro de la ciudad.

CAPÍTULO III

Aaron Strasberg empezaba a sentirse aterrado.

Aquello era peor, mucho peor de lo imaginado. Ahora ya sabía algo más. Algo terrorífico. Ahora sabía qué significaban los pájaros llameantes. Ahora conocía el terrible secreto que encerraba la presencia en cielo americano de una banda de diabólicas aves de fuego.

Desde que viera volar en la carretera aquella noche a los siniestros asesinos alados, una idea confusa y lejana había vagado por su mente, sin tomar forma concreta. Era algo que tenía en el subconsciente y se negaba a clarificarse. Tal vez un recuerdo de alguna cosa que él sabía y había olvidado. Apenas llegado a Nueva York y puesto en antecedentes por su oficina de los gravísimos y oscuros sucesos que tenían lugar en el Sultanato de Yazdán, en el Golfo Pérsico, había indagado, buscado en los archivos, consultado la biblioteca y hecho preguntas a expertos en cuestiones islámicas.

Por fin, tenía una vaga idea de la verdad. Tan vaga como terrible, si aquello respondía exactamente a la realidad. Por eso estaba asustado. El mundo había comenzado a enfrentar se a algo que desconocía y que podía destruirlo. Aquella situación violenta y dramática en Yazdán era sólo el principio.

Colgó el teléfono, exasperado, al no hallar a Keith Barnes en su domicilio. Max, su sirviente, le dijo que había partido con rumbo desconocido. No podía o no quería darle detalles de eso, Strasberg estaba bien seguro. Y le era imposible convencer de otra cosa al fiel servidor del ex agente de la CIA. Max no revelaría jamás nada que no estuviera autorizado a revelar, ni siquiera bajo tortura o los efectos de una droga vulgar. Sus profundos conocimientos del yoga y de las técnicas orientales de control mental, hacían al joven negro

un duro contrincante para cualquier interrogatorio.

Aaron consultó su reloj, mientras el télex de su oficina seguía recibiendo información alarmante desde el golfo Pérsico. Tel-Aviv acababa de informarle de que el Ejército israelí estaba en estado de máxima alerta ante las posibles complicaciones en Oriente Medio, tras la revolución iniciada en el Sultanato. Washington no ocultaba su preocupación ante los hechos.

Levy Sharon, el jefe de la Oficina de Información israelí en Nueva York para la que él trabajaba como agente especial, estaba ausente también. Ahora era el máximo responsable del organismo en la ciudad de los rascacielos. Y la verdad es que, tal vez por una sola ocasión en su vida, no sabía qué hacer.

Un ruido en el exterior le apartó de sus pensamientos. Miró por las vidrieras amplias de las oficinas situadas en los pisos altos de un elevado rascacielos de Manhattan. Un helicóptero de publicidad, arrastrando una gran banderola con el anuncio de una conocida loción antisolar, revoloteaba sobre los edificios, mostrando su bruñido fuselaje azul y naranja entre el zumbido helicoidal, persistente y molesto. Aaron se desentendió del aparato, para hacer algunas otras llamadas por las líneas estrictamente confidenciales de la oficina. Ninguna de ellas resultó como esperaba. Todos sus amigos, enlaces e informadores parecían haberse vuelto locos. Nadie estaba donde debía de estar. Las líneas del consulado general del Sultanato de Yazdán en Nueva York tenía las líneas bloqueadas. Un buen amigo suyo, de raza árabe, por cierto, tampoco estaba localizable. Sadam Akbar, de los Servicios de Inteligencia de los Emiratos Árabes del Golfo, no aparecía por parte alguna.

Irritado, renunció a seguir con esa tarea. Se puso en pie, abandonando los teléfonos y dirigiéndose a la salida de las oficinas. Tenía que hacer varias gestiones personales y, tal vez, a última hora de aquel día resolviera partir hacia Oriente Medio, donde quizás era más necesaria su presencia que en Nueva York. Estaba declinando la tarde y había perdido un día precioso en la ciudad, tratando de averiguar qué relación tenían los pájaros de fuego con la revolución yazdaní. Ahora tenía la respuesta. Y no le servía de nada. Las personas que podían recibir su informe y utilizarlo adecuadamente no estaban donde debían estar.

De nuevo el helicóptero azul y naranja apareció tras las vidrieras

del largo corredor que, desde las oficinas de aquella aparente empresa de importaciones israelitas, conducía hasta la salida del recinto. Su ruido lo llenó todo, y bailoteó su estructura metálica, reverberando en ella el sol declinante de la tarde, casi junto a las vidrieras mismas, que temblaron con la vibración.

Aaron Strasberg, por pura casualidad, miró a la cabina del piloto de aquel helicóptero. Lo tenía tan próximo, tras la vidriera, casi rozando el edificio, que pudo ver a sus dos ocupantes. Se quedó rígido, con una repentina sensación de alarma.

Ambos eran de tez muy oscura, pelo negro y rizado, ojos profundamente oscuros...

—¡Árabes! —jadeó Aaron, empezando a comprender.

Su temor subió de punto. Instintivamente, buscó su Magnum con mano rápida, bajo la americana liviana, de hilo crudo. Desde el helicóptero brotó algo, un delgado rayo de luz brillante, disparado por un tubo metálico que portaba uno de los ocupantes del aparato. Ambos sonreían extraña, fríamente, escudriñándole a través de la vidriera, en tanto el aparato colgaba inmóvil sobre los desfiladeros de cemento y asfalto de Manhattan, rozando la azotea del rascacielos. La vidriera estalló de inmediato en mil pedazos, apenas la tocó aquel rayo luminoso que, como un láser, perforó el vidrio y lo hizo reventar con un estallido seco, crepitante. El suelo del corredor se cubrió de la pulverización de vidrio, que golpeó asimismo a Aaron Strasberg como una tormenta de arena. Por fortuna era vidrio sintético, sin aristas ni cortes, y no le hizo daño.

Strasberg se dispuso a utilizar su pistola contra los ocupantes del helicóptero, mientras sonaba la alarma dentro del recinto destinado a la Inteligencia judía en Nueva York. Pero nadie de Seguridad acudió a su llamada, cosa que denotaba alguna grave anomalía dentro de las oficinas.

Cuando Strasberg disparó, sonando su pistola con una especie de áspero ladrido, el helicóptero había remontado ya el vuelo sobre la azotea del edificio. Su sombra se dibujó en la fachada del edificio de enfrente, proyectada por un sol tibio y anaranjado que pronto se ocultaría tras los rascacielos.

Y, de repente, aparecieron ellos.

Despavorido, Aaron Strasberg los vio surgir por la vidriera destrozada. Penetraron en bandas por aquel hueco, invadiendo el

largo corredor.

Eran los pájaros llameantes.

Keith Barnes consultó su reloj mientras el sol descendía hacia el Hudson y las sombras de los rascacielos de Manhattan se alargaban desmesuradamente, como interminables cipreses de cemento, acero y vidrio en una colmena-cementerio.

Impaciente, se mordió el labio inferior, escudriñando la carretera que conducía al Kennedy International Airport. Esperaba poder salir en vuelo regular hacia Yazdán aquella misma tarde. Pero no había nada seguro. Todo dependía de que el Sultanato autorizase el vuelo, cosa que distaba mucho de ser probable, dada la situación cada vez más grave en el país, y las drásticas medidas de censura adoptadas por el Gobierno de Masnak, con su primer ministro, el jeque Yajmán, al frente. No eran momentos oportunos para recibir viajeros, sino en todo caso para evacuar ciertos lugares peligrosos del Sultanato, ante los ataques crecientes de los misteriosos rebeldes.

El coche especial de la CIA avanzaba rápido por la carretera, protegido por otros dos automóviles blindados, en los que viajaban miembros de élite de la Seguridad Nacional, protegiendo al ex agente reclutado de nuevo por la CIA para este caso.

Barnes se había dejado convencer. Su presencia en Masnak era vital tal vez para los intereses norteamericanos en la zona, dada su fuerte amistad con el Sultán, con el jeque Yajmán y también con importantes personalidades del mundo islámico en el país y en otros Estados vecinos, como los emiratos y el propio Irán.

Sonó el zumbido del radioteléfono del coche, arrancándole de esos pensamientos. Descolgó, preguntando brevemente:

—¿Sí?

—Barnes, soy yo, Quentin —dijo la fría voz de su antiguo jefe—. Hay novedades importantes, relacionadas quizás con la situación en el golfo, que creo debes saber.

—Soy todo oídos.

—Acabo de enterarme de que Aaron Strasberg, de Inteligencia israelí, ha abandonado su refugio de vacaciones en los Adirondacks. Anoche partió hacia Nueva York.

—Lo imaginaba. Aaron debe saber cosas de todo eso. Pero no pude localizarle.

—Hay más. Max ha llamado aquí hace unos minutos. Strasberg llamó a tu casa de modo apremiante, con urgencia. Max nada le dijo, conforme a tus instrucciones. Él le explicó que era urgente hablar contigo a causa de una muerte ocurrida anoche cerca de él entre los Adirondacks y Nueva York.

—¿Una muerte?

—Sí. No dijo más. Hemos buscado datos al respecto. Y los tengo.

—Adelante.

—Un tal Stuart R. Campbell, alto ejecutivo de una multinacional electrónica, falleció misteriosamente en la carretera. Se le ha hecho la autopsia, y el resultado es sorprendente: aparentemente, no tenía señal alguna de violencia, su cuerpo estaba intacto. Pero interiormente, tenía todos los tejidos y vísceras abrasados, ennegrecidos, hechos puro carbón, como si un explosivo hubiera reventado dentro de él. Pero, cosa curiosa, ni epidermis ni ropas sufrieron el menor daño pese a ese destrozo interno. Los médicos forenses y los químicos ignoran qué pudo causar esa extraña muerte.

—Muy curioso —el rostro de Barnes se ensombreció.

—Más curioso es aun lo que falta, Barnes. Según la policía, un viajero que responde a la descripción exacta de Strasberg, y cuya fotografía han identificado como correspondiente a su informador de anoche, fue quien les avisó de la presencia del cadáver en la ruta. El muerto viajaba en un Land Rover matriculado en Nueva York, igual que Strasberg, por la misma ruta, a idéntica hora, y se había detenido a tomar algo en un *snack* de carretera donde habitualmente lo hace Strasberg, adquiriendo un paquete de cigarrillos orientales de la misma marca que los que fuma Strasberg, entre otras razones porque era la única marca existente en la máquina del local cuando ese viajero pasó por allí. Por cierto. Strasberg vestía informalmente, mientras ese otro viajero lo hacía elegantemente. Todos sabemos que tu amigo Strasberg es un hombre muy distinguido y suele vestir con trajes impecables.

—Sospecho lo que quiere decirme con todo eso: alguien que seguía la pista a Aaron confundió a uno con otro en el *snack*, le siguió... y le mató por error.

—Exacto. De modo que tu amigo puede peligrar gravemente ahora.

—¿Y qué piensa hacer al respecto? —indagó Keith, tenso.

—He enviado a dos hombres a las oficinas israelitas de supuestas importaciones donde actúa el aparato de Inteligencia judía en esta ciudad —rió socarronamente Quentin—. Hay que proteger a tu amigo por si acaso. Tal vez él sepa algo sobre lo que sucede ahora en Yazdán.

—Puede saber mucho. Es un experto en cuestiones árabes, por paradójico que ello resulte —comentó Keith con profunda preocupación—. Téngame al corriente de todo, Quentin.

—Lo haré. Hasta luego, muchacho.

Keith colgó, con gesto ensombrecido. El coche llegaba ya al aeropuerto. No tardó en conocer la desagradable noticia: el vuelo regular de las Líneas Aéreas Yazdaníes había sido definitivamente suspendido. No se anunciaba ningún otro para las próximas horas. Un nutrido grupo de nativos de Yazdán, inquietos por la suerte de sus familiares o negocios, iban de acá para allá, respondiendo a preguntas de reporteros o informándose febrilmente en las oficinas de vuelo.

Barnes acudió a las oficinas de las líneas de Yazdán y pasó al despacho privado del director. Se le informó escuetamente que un vuelo chárter especial, que sólo le llevaría a él y a unos pocos funcionarios oficiales y agentes del Gobierno de Masnak, partiría ya de noche del Aeropuerto Kennedy rumbo a Masnak.

Más tranquilo en ese sentido, Keith fue a una cabina telefónica y llamó repetidas veces al teléfono de las supuestas oficinas israelitas de importación, sin que la llamada recibiera respuesta alguna. Él sabía que a todas horas había una centralita allí atendiendo llamadas, de modo que algo sucedía en la organización a que pertenecía Aaron Strasberg.

Keith no podía saber que, en esos momentos, su amigo judío era atacado por los terroríficos pájaros de fuego que significaban la muerte cierta.

Los pájaros cayeron sobre Aaron Strasberg en oleada. El israelí sintió un vaho candente hiriéndole la piel y la tenue ropa veraniega. Pero, cosa extraña, las llamas que despedían aquellas aves diabólicas no prendieron en su traje ni le abrasaron la piel. Notó, sin embargo, un extraño calor dentro de sí.

Manoteó, desesperado, disparando varias veces contra los

pájaros, sin demasiado tino a causa de la feroz agresividad de que hacían gala los alados animales. Le sorprendió observar que la mayoría de ellos eran ¡palomas! Aves pacíficas, medrosas, apacibles normalmente... convertidas ahora en flamígeros monstruos furiosos, que caían una y otra vez sobre él, aunque sin picotearle ferozmente. Sólo le asaetaban, amagaban el picotazo sin darlo, le golpeaban rostro y manos con sus alas llameantes, con aquellas plumas que despedían un extraño resplandor, unas llamas débiles pero brillantes, que parecían halos incandescentes a la luz crepuscular en la desolada oficina del último piso de aquel rascacielos.

Aaron sentía en su boca una especie de fuego abrasador, su cuerpo parecía en ebullición, y se le bloqueaban los sentidos, los reflejos todos, dominado por una especie de fiebre devastadora. Todo él ardía como parecían arder los grotescos pájaros, pero lo cierto es que ni su piel ni sus ropas mostraban la más leve quemadura...

Exhaló un alarido de supremo dolor cuando notó una fuerte punzada en su corazón, quiso respirar, y los pulmones todos se llenaron de fuego aparentemente, sintiendo un hervor febril en boca y garganta, como podía sentirlo quien se tragara un galón de lejía o de sulfumán. Los pájaros, en ese punto, emprendieron raudo vuelo hacia la vidriera abierta, saliendo al exterior, dispersándose sobre el abismo de asfalto de Broadway, como otros pocos reflejos más del sol poniente. Si alguien llegó a verlos, debió pensar que eran simples reverberos solares en las vidrieras de los edificios y nada más.

Sin embargo, en ese momento. Golda sí vio algo más que todo eso.

Golda era una funcionaria de las oficinas israelitas que se ocupaba de la sección de informática y no acostumbraba a trabajar a esas horas de la tarde. Sin embargo, en esta ocasión había salido con permiso para visitar a unos parientes de paso por la ciudad, a condición de volver a su trabajo más tarde.

Cuando asomó por el extremo del corredor encristalado, descubrió dos cosas tan sorprendentes como terribles: la primera que dos pájaros aparentemente envueltos en llamas, salían disparados por una vidriera pulverizada. Y que, por esa misma vidriera, tambaleándose en su borde, que era el propio suelo del

corredor, iba a caer a la calle de inmediato su superior en la oficina, Aaron Strasberg, oscilando ya al filo mismo del vacío, con expresión angustiada, rostro convulso y ojos desorbitados, tirando al suelo una pistola humeante y aferrándose con ambas manos la garganta, como si sintiera en ella todo el dolor del mundo.

Strasberg descubrió a su joven compatriota y empleada al fondo del corredor, entre las brumas de una agonía indescriptible y dolorosa como pocas, que parecía convertir todo el interior de su cuerpo en una hoguera, y antes de desplomarse al vacío desde el piso sesenta de aquel edificio, sólo tuvo fuerzas y lucidez para gritar con voz ronca, irreconocible, desgarrada:

—¡Los pájaros... llameantes! ¡El Antiprofeta...! ¡La Piedra Púrpura de... del Templo Negro...!

Y luego se precipitó al abismo de la calle, mientras la joven Golda emitía un largo grito de terror sin límites.

CAPÍTULO IV

Era ya oscuro en el Aeropuerto Internacional Kennedy, cuyas luces formaban festones lineales en las pistas de despegue y aterrizaje y en los edificios de control y embarque. El ruido de los aparatos, partiendo o llegando, era casi constante. Pero ningún vuelo tenía por origen o destino el Sultanato de Yazdán.

Sólo en una pista de despegue lateral, apenas visible para los viajeros, un reactor de una compañía privada de vuelos chárter, con las luces encendidas, estaba recibiendo en su interior a una reducida comitiva de funcionarios árabes de rostro ensombrecido y preocupado que tomaban asiento en sus respectivas plazas en medio de un silencio insólito. En vez de azafatas, hombres de raza árabe y traje oscuro, se ocupaban de acomodar a los viajeros. El comandante de vuelo lucía uniforme militar del Ejército Real de Yazdán. Sólo un hombre de raza no árabe iba a ocupar un asiento en aquel vuelo secreto y oficioso. Ese hombre caminaba ahora con su ligero maletín en la mano, en dirección a la pista de despegue.

Mientras avanzaba hacia el reactor, Keith Barnes reflexionaba sobre todo cuanto estaba sucediendo. No había logrado localizar a Strasberg todavía, ni sabía nada de éste por el momento. Le preocupaba la suerte que pudiera correr su viejo amigo de Tel-Aviv,

con quien compartiera momentos sumamente azarosos en los tiempos de la violencia desatada en Oriente Medio, cuando él era agente de la CIA en aquella zona.

Estaba ya a punto de abandonar el corredor de acceso a la pista de despegue, cuando un altavoz avisó repetidamente, resonando con ecos profundos en el pasillo:

«Señor Keith Barnes, preséntese de inmediato en las oficinas de

TWA de este aeropuerto. Repetimos: señor Keith Barnes, preséntese de inmediato en las oficinas de TWA de este aeropuerto por un asunto de la máxima urgencia...».

Vaciló. Aquello podía ser una aña-gaza de alguien para conducirlo a una trampa o impedirle tomar aquel vuelo especial que partiría de inmediato. Pero no podía dejar de atender la llamada. En todo caso, si era de la CIA, ya procurarían ellos demorar lo preciso la partida del avión.

Volvió sobre sus pasos, salió a la vasta sala central de espera de los vuelos internacionales y se dirigió a la oficina de TWA. Se identificó allí, y una sonriente empleada le mostró el teléfono.

—Es una llamada para usted de máxima prioridad, señor Barnes —dijo ella con gentil sonrisa.

Keith tomó el aparato.

—Barnes al habla —dijo—. ¿Quién llama?

—Quentin. Perdona la molestia. Tendrás que dejar de momento ese viaje a Yazdán.

—¿Por qué?

—Hay algo grave que puede retenerte aquí, Barnes. Ya hemos localizado a Aaron Strasberg.

—¿Y....?

—Está muerto.

—¡Dios, no!

—Muerto y bien muerto. Se arrojó por un ventanal desde el piso sesenta del rascacielos donde tenía su trabajo. Quedó hecho papilla, claro.

—Pero ¿por qué? Eso no puede ser suicidio... ¿Y la seguridad del edificio?

—Anulada. Mataron a los miembros de Seguridad y bloquearon las centralitas. Aaron estaba solo cuando murió. Bueno, solo no. Tenemos la relativa fortuna de que una empleada con permiso especial volviera fuera de horas. Se llama Golda Stern. Una bella chica. Está aterrorizada. Al regresar ella a las oficinas, Strasberg se arrojaba a la calle.

—¿No ha visto nada más?

—Claro que vio y oyó más. Por eso te llamo. Jura que vio dos pájaros llameantes.

—¿Dos... qué?

—Has oído bien. Pájaros de fuego. Sus alas resplandecían, tenían llamas en sus alas. Absurdo, ¿no? Pero las últimas palabras de Strasberg antes de arrojarle por el ventanal fueron éstas, según la chica: «¡Los pájaros llameantes! ¡El Antiprofeta! ¡La Piedra Purpúrea del Templo Negro!». Y de inmediato, como poseído por algo horrible, se lanzó al vacío aferrándose la garganta, terriblemente desfigurado.

—Dios mío... —Barnes apretó los labios—. Tal vez enloqueció...

—No, nada de eso. He hecho que examinen el cadáver en una especie de autopsia urgente. No es definitiva, pero... han comprobado que está abrasado por dentro. Ni una herida, ni una quemadura fuera. Intacta su piel, intacta su ropa... pero quemado en todas sus vísceras, en todos sus tejidos y mucosas... Todo es pura pavesa dentro del cuerpo, está carbonizado por su interior como si un fuego interno le hubiera calcinado sin llegar a emerger fuera.

—Es... es increíble... y atroz —jadeó Keith, lívido, apretando con fuerza el teléfono—. Igual que el hombre de la carretera...

—Igual, sí. Los asesinos cazaron al fin a su hombre. Pero lo que no entiendo es lo de los pájaros de fuego...

—Yo tampoco. Ni toda esa jergonza que oyó esa chica al pobre Aaron... Carece de sentido.

—Tal vez. He dado todo ese párrafo a las computadoras. —¿Y qué ha resultado?

—Nada. O tu amigo deliraba presa del dolor... o no tenemos nada de nada sobre pájaros de fuego, antiprofetas, piedras púrpura y templos negros.

—Aaron era el hombre que más sabía de los árabes en este mundo —juzgó Keith sombrío—. Tal vez quiso decirnos algo, no sé... ¿Qué se supone que debo hacer yo ahora?

—Quedarte de momento en Nueva York e investigar todo esto con nosotros, Keith.

—Sí, será lo mejor. ¿Cree que se relaciona con lo de Yazdán?

—¿Y tú? ¿Qué crees?

—Que sí.

—Entonces, estamos de acuerdo —gruñó Quentin—. Vuelve, muchacho. Ya habrá tiempo, si es absolutamente imprescindible, de que vuelas a Yazdán en otro momento.

Keith asintió, colgando el teléfono. Dio las gracias a la empleada

de TWA con aire ausente, y echó a andar hacia el exterior del aeropuerto. Llamó un taxi para volver al centro urbano. Oyó rugir reactores. Alzó la cabeza. Reconoció el vuelo chárter con destino a Masnak, saliendo de la pista y remontando el vuelo sobre las luces de situación de las pistas. Sus ventanillas eran diminutas chispas de luz en la negra noche. Se elevó por momentos, mientras un taxi se detenía ante él.

De repente, el cielo se iluminó con una formidable luz roja y blanca, vivísima. Fue como un súbito abanico de resplandor y de ruido infernal. El estallido retumbó en toda la zona.

Los ojos de Keith contemplaron con horror el estallido del avión en pleno vuelo, la dispersión de fragmentos del aparato, mientras una densa bola de humo era todo lo que quedaba del vuelo chárter con destino a Yazdán.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Recordó que él tenía que estar a bordo de aquel aparato, de no haber sido por la llamada urgente de Quentin.

En el aeropuerto comenzaron a sonar sirenas apremiantes, se conmocionaba todo con la tragedia aérea. Pero ya nada de eso tenía la menor eficacia. Las vidas de todos los viajeros se habían perdido en el siniestro de modo definitivo.

—Una bomba a bordo —confirmó sombríamente Thorley Quentin, alto funcionario de la Agencia Central de Información, colgando el teléfono con un suspiro—. Ya se ha confirmado. Sabotaje, Barnes. Ni un solo superviviente. Veintiocho víctimas mortales.

Barnes bajó la cabeza, encajando las mandíbulas. Estaba habituado a cosas así. Pero nunca se acostumbraba del todo a ver morir a la gente de modo tan cruel y tan estúpido.

—Me salvó usted la vida, jefe —dijo sombrío, elevando sus grises ojos hacia el hombre de la CIA—. Gracias por ello.

—Hubiera preferido salvar a todos —gruñó Quentin contrariado, golpeando en su mesa con un bolígrafo de oro—. Estas cosas me ponen enfermo. Viajaba mucha gente importante para su país en ese vuelo. Pero también la muerte de los pilotos, de los empleados, me afecta. Todos son seres humanos.

—Está usted extrañamente enternecido hoy —comentó Keith con cierto sarcasmo.

—Piensas que soy duro como el pedernal y frío como el hielo, ¿no? Piensa lo que quieras. Pero mi esposa y mi hija murieron en un sabotaje así, hace doce años, sobre el Mar de China. Fue un crimen estúpido, la obra de un fanático por lo de Vietnam. Ellas no tenían nada que ver en eso. Ningún viajero lo tenía. Pero murieron.

—Lo siento, no lo sabía —resopló Keith volviendo a bajar la cabeza—. ¿Qué crees que podemos hacer ahora? El enemigo, sin duda, está también aquí. Algo en América se relaciona muy directamente con Yazdán. Me gustaría saber qué es.

—También a mí, Barnes. No puedo saber si pusieron esa bomba a bordo para matar a los que hacían el viaje... o para acabar contigo.

—Ya lo he pensado. No me gusta la idea, pero si alguien sabía que yo viajaba en ese aparato, no pudo saber que a última hora cambiaban las cosas por una simple llamada suya, señor.

—Así es, Barnes. Muerto Strasberg por unos extraños y sofisticados asesinos, ¿por qué no pensar que tú le sigues en la lista de esa gente?

—Aún no he visto a ningún pájaro de fuego, sin embargo —comentó Keith, irónico.

—Y más vale que no lo veas, si eso fue lo que causó la muerte a aquel ejecutivo de la carretera y al pobre Strasberg. Tenemos que establecer una estrategia conjunta con la Inteligencia de Yazdán, dada la situación. Pero resulta difícil intentar una comunicación personal con el Sultán Abd El Ka zar, incluso con todos nuestros sofisticados medios actuales, Barnes.

—Sí, lo sé. Aunque aquí exista una red peligrosa de agentes del golfo, es evidente que la clave de todo tiene que estar allí. Si planearon asesinarme en pleno vuelo, es porque a alguien no le interesa que yo esté en Yazdán.

—Una deducción lógica —admitió gravemente Quentin—. Me pregunto cómo lograría comunicarme lo antes posible con el Sultán, pese al bloqueo de líneas de teléfono, télex y telégrafo con el Sultanato...

En ese momento sonó el teléfono de la línea privada de la CIA, aquella que no figuraba en listín oficial alguno del país. Quentin atendió la llamada. Su rostro se iluminó de repente. Asintió con enérgico movimiento de cabeza.

—Perfecto —dijo—. Es una excelente información. Hacedle venir inmediatamente aquí, tomando todas las precauciones del caso y más. La vida de ese hombre es preciosa para nosotros, tanto o más que para su país. Sí, espero.

Colgó, soltando un resoplido de complacencia. Entrelazó sus dedos, mirando a Keith Barnes con expresión pensativa.

—Cuando Mahoma no va a la montaña, ésta viene a él —recitó enigmático, con un asomo de sonrisa en su rostro grave, cosa que en él era insólito, y más después de tanta contrariedad—. Nunca mejor aplicado el dicho que ahora...

—¿A qué se refiere?

—Queríamos comunicar con la Inteligencia yazdaní, ¿no? Y era casi imposible... Bien, pues ellos vienen a nosotros. Acaba de aterrizar sin novedad en Washington un aparato especial, el avión personal del Sultán Abd El Kazar, trayendo a bordo al coronel Ahmed Mushay, jefe supremo de los Servicios de Inteligencia y Seguridad del Sultanato.

—Vaya, eso sí es una coincidencia afortunada...

—Dudo mucho que sea coincidencia. El Sultán nos lo envía por alguna razón. Empezará el vuelo en helicóptero de la Casa Blanca directamente hacia Nueva York, una vez visite al Presidente de parte del Sultán. Es un joven oficial árabe de gran porvenir y probada lealtad al Sultán. Se educó en los Estados Unidos e Inglaterra y domina perfectamente hasta seis idiomas. Sustituyó hace poco en el cargo al comandante Raschid, muerto en un atentado suicida de los chiitas. Espero que la visita de ese hombre nos aclare algunas cosas respecto a lo que sucede en Yazdán... y en nuestro propio país.

—Ojalá sea así —suspiró Keith con expresión preocupada.

El helicóptero de la Casa Blanca, con el distintivo del Presidente en su fuselaje, se posó en el helipuerto secreto de la CIA, en la amplia azotea de un edificio aparentemente destinado a una multinacional de gran prestigio en el mundo financiero y comercial de todo el mundo. De él descendieron de inmediato tres agentes especiales de Seguridad del FBI, dos guardaespaldas árabes vestidos a lo occidental y otros dos con sus tradicionales túnicas blancas y su kufiahk o toca árabe cubriendo sus cabezas. Empuñaban sendos fusiles ametralladores, ligeros, modernos y rápidos.

Tras todos ellos, desembarcó un hombre alto, joven, sonriente, pese a la dureza diamantina de sus negros ojos entornados, vistiendo uniforme militar color verde aceituna, con los distintivos de coronel, y la toca árabe sobre su cabeza. Saludó cortés y deferentemente a los hombres que le esperaban en medio del aire levantado por las hélices del aparato.

—Celebro verme entre ustedes, caballeros —declaró el coronel Ahmed Mushaj, jefe de la Inteligencia yazdaní, pese a su juventud, con una expresión apacible en su bronceado rostro de facciones regulares y atractivas—. El Sultán llegó a temer que nunca pisara suelo americano si nuestros enemigos se enteraban de este viaje urgente a su país.

—Por fortuna, esos temores no se cumplieron —manifestó cansadamente Quentin, echando a andar con su huésped y la escolta de éste en dirección al acceso a las oficinas de máxima seguridad de la CIA en Nueva York—. Los viajeros que se dirigían esta noche a Yazdán no tuvieron la misma suerte...

—Lo sé —asintió sombrío el coronel Mushaj—. He recibido los informes a bordo del aparato del Sultán, y posteriormente se me confirmaron detalles en Washington. Ha sido un acto criminal imperdonable. La gente víctima del hecho no era demasiado importante como para merecer un final tan terrible...

—Tal vez yo era la causa de ese atentado, coronel —terció suavemente Barnes—. Pero en el último minuto hubo cambio de planes y no subí a ese aparato.

—De lo cual me congratulo, señor Barnes —dijo el coronel, volviéndose a él con un destello de inteligencia y simpatía en sus pupilas, nobles y limpias, al fijarse en Barnes—. El Sultán me habló mucho de usted, señor Barnes. Está deseando verle allí para contar con su inestimable ayuda. Confía mucho en usted, no hay duda.

—Estaré encantado de poder serle útil, si así se decide, coronel.

—Es una de las razones de mi viaje a los Estados Unidos por orden suya. Desea que usted vaya a Yazdán cuanto antes, y desea que ese viaje se haga con las máximas condiciones de seguridad posibles. Naturalmente, si su Gobierno lo autoriza.

—Me sentiré complacido de autorizar a Keith Barnes a acompañarle a Yazdán —dijo Quentin—. Sólo unos desgraciados sucesos acaecidos aquí, y de los que debo informarle lo antes

posible, han impedido ya que emprendiera ese viaje... aunque debamos congratularnos ahora por ello, tras el siniestro sufrido por el vuelo chárter.

—Algo se me ha dicho en la CIA y en el FBI en Washington —asintió el coronel—. Espero que ustedes me amplíen detalles en su momento.

—Por supuesto, coronel —habló Keith pensativo—. Sobre todo, queremos hablarle de los pájaros de fuego...

Algo sorprendente ocurrió. El coronel Mushaj se puso rígido, su rostro se distendió en una mueca de estupor y sobresalto, y sus pupilas dilatadas miraron con algo muy parecido al horror a su colega norteamericano.

—¡Los pájaros de fuego! —jadeó con voz ronca—. ¿Qué ha dicho, señor Barnes?

—Lo que acaba de oír. ¿Significa eso algo para usted?

—Por Alá, señor Barnes... Los pájaros de fuego... significan lo peor que puede caer sobre todos nosotros. Algo en lo que ninguno jamás habíamos pensado...

Bajó la sábana sobre el cadáver tendido en la mesa. Respiró hondo y luego examinó de nuevo el informe forense sobre el cuerpo inmóvil y aparentemente intacto que acababa de tocar. Un destello de excitación cruzó los negros ojos del jefe de la Inteligencia yazdaní al volverse a sus acompañantes en la cámara del depósito.

—Increíble —manifestó con voz ronca—. Absolutamente increíble.

—Es lo mismo que dije yo —afirmó gravemente Thorley Quentin con un movimiento de cabeza—. No tiene lógica. Los forenses están desconcertados. Que nosotros sepamos, no existe ningún arma capaz de causar esos destrozos internos y dejar el exterior de un ser humano aparentemente ileso. Además, el informe corrobora que son quemaduras intensas en órganos vitales y tejidos. Quemaduras que no fueron producidas por ingestión de ninguna sustancia. Y las ropas de ambas víctimas no ofrecen ni siquiera una sola perforación o desgarró. Por tanto, lo que fuese penetró por sus manos, cuello... o cabeza. Era lo único que dejaba visible la ropa de Strasberg.

El coronel Mushaj afirmó a su vez, mientras abandonaban el recinto en sombría procesión. Tras ellos iban Keith Barnes, Sadam Akbar, agente de los Emiratos Árabes en los Estados Unidos, y

Golda Stern, la joven hebrea que presenciara la extraña y trágica muerte de su compañero de raza.

Todos juntos abandonaron la zona inferior del edificio, destinada a laboratorios e investigación, y en cuyo depósito se hallaba el cadáver de Strasberg, así como el de la primera víctima de los pájaros de fuego en la carretera norte de Nueva York, y regresaron a la amplia sala donde tomaron asiento para discutir las cuestiones candentes del caso. Sobre un muro, un mapa minucioso del Golfo Pérsico aparecía en un panel iluminado. Zonas marcadas en rojo, señalaban las áreas de conflicto revolucionario en el Sultanato de Yazdán, siguiendo los informes que iban llegando al computador central de la Agencia.

Mushaj lanzó una mirada pensativa al gráfico luminoso y arrugó el ceño, lanzando un suspiro al acomodarse en una confortable butaca del salón.

—¿Ya han comenzado las hostilidades en la región de Maharia? —indagó preocupado.

—Así es —confirmó Quentin con gravedad—. Son informes recién llegados de nuestros agentes en Qatar. Han captado emisoras de aficionados y una emisora clandestina del movimiento revolucionario.

—Ya. ¿Ninguna aclaración sobre la naturaleza real de esos rebeldes a través de sus emisiones?

—Ninguna, coronel. Ojalá hubiera sido así. Seguimos sin identificar la naturaleza de esas turbas y de los poderes que las mueven a tan feroz revuelta. Si no son islámicas ni comunistas..., ¿qué pueden ser?

—Una curiosa pregunta, señor —admitió con gesto tenso el jefe de la Seguridad del Sultanato retrepándose en su asiento con aire cansado—. Nos la hacemos todos desde que estalló la rebelión en Yazdán. Y nadie ha encontrado respuesta aún. Dígame, señorita Stern, ¿puede repetir su relato sobre la muerte de su compañero judío?

La muchacha israelita miró al árabe. Había entre ellos cierta tensión natural, pero no la hostilidad que pudiera esperarse de tan acérrimos enemigos naturales. El joven coronel era un árabe educado en occidente, y Golda era una mujer que había colaborado en ocasiones con los servicios de Inteligencia árabes, especialmente

durante la crisis libanesa y las tensiones de Oriente Medio. La prueba de ello es que mantenía cordial relación amistosa con el que se sentaba a su lado, el fornido y hermético Sadam Akbar, amigo también de Strasberg y de Keith Barnes, un kuwaití encargado de asuntos especiales de los servicios secretos árabes en Norteamérica.

Golda asintió, explicando lentamente al joven árabe toda la historia de su encuentro con Aaron Strasberg y los pájaros llameantes en la cima del rascacielos. Mushaj escuchó sin pestañear. Al final lanzó un suspiro y bajó la cabeza.

—Gracias, señorita Stern —dijo con exquisita cortesía—. La suya es una historia muy interesante.

—Y muy extraña, ¿no le parece? —terció Quentin.

—Mucho —admitió el coronel Mushaj—. La señorita Stern ha mencionado las palabras «Piedra Púrpura... Templo Negro... y Antiprofeta».

—Son las que él pronunció antes de caer, junto con la frase «Pájaros de fuego»...

—¿No les ha revelado nada todo eso?

—No, nada —admitió Barnes de mala gana.

Hubo un movimiento negativo de cabeza de todos los presentes. Mushaj se incorporó y paseó su delgada figura por la sala, con los brazos cruzados ante sí. Parecía pensar profundamente en algo que le daba vueltas a la cabeza.

—La

Il-ha

il

Al-láh

—recitó de pronto en árabe—. ¡Al-láh akbar... Mohamed rasul

Al-láh!

(En árabe: «No hay más Dios que Dios. Dios es el más grande. Mahoma es su profeta»). (N. del A.).

Barnes y los demás cambiaron una mirada de perplejidad. No era aún la hora de las oraciones para un creyente musulmán. Tampoco estaban en el Ramadán para que una oración intempestiva tuviera cierta lógica, y menos en un hombre como Mushaj.

Éste sonrió, volviéndose hacia ellos, y meneó la cabeza con un gesto abatido.

—Perdonen —dijo—. Creo que estaba expresando mis

pensamientos en voz alta...

—No me molestan sus oraciones, créame —habló Golda suavemente—. No soy una fanática, coronel.

—No oraba, señorita Stern —replicó él con exquisita corrección—. No es la hora ni el lugar para ello. Si decía todo eso, es porque me sorprende que muchos y buenos musulmanes puedan llegar a abjurar de todo eso y abrazar una causa diferente, unas creencias distintas y blasfemas que profanan lo más sagrado de nuestra fe. Es como si ustedes, los cristianos, abrazaran de repente la fe del Diablo y las Misas Negras sustituyeran a la Eucaristía.

—Cielos... —boqueó Thorley Quentin—. ¿Qué quiere decir con eso, coronel?

Mushaj volvió a sentarse en su butaca. Manifestó con lentitud la mirada fija en sus interlocutores mientras hablaba con tono sentencioso y frío:

—Está escrito en libros prohibidos y sacrílegos de nuestro pueblo, que un Antiprofeta llamado Mullahja que vivió hace siglos, volvería de las tinieblas del Mal un día, para llevar a sus creyentes más fieles a la conquista del Islam, derrotando a Alá y a todos los otros dioses existentes en el mundo. Se dice que, en un mítico lugar jamás encontrado, conocido como el Templo Negro, existe la Piedra Púrpura conteniendo el Corán Maldito, libro obsceno y maligno, obra de las fuerzas de la Oscuridad, para destruir al Corán y traer a los pueblos islámicos un nuevo orden y una nueva fe que les hará más fuertes y lograrán la conquista del mundo.

—¿Es una leyenda, imagino? —sugirió Barnes suavemente—. Nunca oí hablar de ella en toda Arabia, coronel.

—Es algo que quien lo conoce, oculta cuidadosamente por miedo a las fuerzas malignas, señor Barnes —sonrió amargamente Mushaj—. Yo estudié, gracias a mi padre, esa historia oculta de los musulmanes, tan temida como pudo serlo por las sencillas gentes de Centroeuropa en otros tiempos la figura de Drácula o del Hombre-Lobo. La leyenda decía algo más, caballeros.

—¿Qué es ello?

—Que la señal de la aparición del Antiprofeta en la Tierra, el regreso del siniestro y destructor Mullahja, estaría marcada por la llegada de la muerte y el caos, y por el vuelo destructor de los pájaros llameantes del infierno islámico...

—Los pájaros llameantes... —repitió sordamente Barnes, ensombreciéndose su gesto—. De modo que es eso...

—Me temo que sí —suspiró Mushaj gravemente—. Creo que la rebelión de los fieles del Antiprofeta, los endemoniados del Islam, ha estallado ya. No sé cómo sucedió, pero el hecho está ahí. Ahora sabemos qué creencia, qué ideología y qué fanatismo mueve a los enemigos no sólo de Yazdán, sino de todos los países árabes e incluso los occidentales o los marxistas. Los pájaros llameantes han comenzado a volar. Y a matar. Es la señal. Sólo Alá sabe lo que va a suceder ahora. Pero me temo, señor Barnes, que su presencia empieza a ser imprescindible cerca de nuestro sultán.

—¿Cree que soy la persona idónea para iniciar esta especie de... de Cruzada contra un nuevo enemigo que no es precisamente el Islam, sino el Anti-islam, un Anti-cristo musulmán de naturaleza y poder desconocido? —dudó Barnes sombrío.

—El sultán tiene fe ciega en usted —sonrió el coronel—. Dice que sólo usted puede ayudar al país.

CAPÍTULO V

El reactor real yazdaní sobrevolaba el océano Atlántico rumbo a Europa y al Mediterráneo. Tenían que cruzar virtualmente medio mundo para llegar al Golfo Pérsico. A ambos lados del aparato del Sultán, dos cazas modernos de Yazdán servían de escolta de seguridad al vuelo del coronel Mushaj y sus amigos.

Dentro del aparato, el confort y la comodidad eran totales. Se acababa de servir una comida de la mejor cocina occidental, regada con excelente vino. Barnes no se sorprendió de que el coronel tomara también vino en las comidas. Era un árabe educado en Occidente, y su cargo y sus atribuciones le hacían ser poco obediente con las normas coránicas. En cambio, Sadam Akbar, pese a sus años de residencia en los Estados Unidos, no ingirió bebida alcohólica alguna.

El avión poseía una cámara con cuatro literas más otra con una sola litera muy confortable, reservada al uso exclusivo del Sultán. Por deseo expreso de éste, el coronel se la ofreció a Barnes, pero el ex agente de la CIA la rechazó, optando por dormir con los demás compañeros de viaje en las literas colectivas. Un amplio salón que era a la vez despacho y comedor, les servía de lugar de trabajo mientras devoraban millas y millas rumbo al Este, siguiendo el curso opuesto al del sol.

Invariables, podían ser vislumbrados por las ventanillas los dos cazas, dos modernos

F-15

de gran maniobrabilidad y rapidez de movimientos, con los colores de la bandera yazdaní en sus fuselajes. Aquella presencia aérea de los veloces y sofisticados cazas de construcción norteamericana, aliviaba considerablemente la inquietud de Keith Barnes.

Sadam se sentó con él a la mesa, dirigiendo una ojeada pensativa a los aparatos de escolta.

—Siempre tranquiliza un poco saberse protegido, ¿verdad? —comentó el agente árabe—. Sobre todo, con esa gente fanática y peligrosa, capaz de volar un avión en el aire, enviar pájaros de fuego contra la gente y provocar una rebelión anti-islámica de grandes proporciones en pleno Golfo Pérsico.

—Confíemos en que sea suficiente para llegar a Masnak sanos y salvos —sonrió Keith pensativo—. Una gente capaz de todo eso, siempre resulta muy inquietante, Sadam. ¿Cómo no oímos hablar de ese movimiento antirreligioso jamás?

—Resulta natural. Barnes. Somos gente civilizada, soy un árabe que vive el presente y no el pasado. De haberlo oído alguna vez, le hubiera dado el mismo crédito que vosotros le dais a las historias de endemoniados y cosas por el estilo. Tal vez de niño me lo contaron y me olvidé. Ten en cuenta que el coronel Mushaj es oriundo del Sakakistán, la región más al sur de Yazdán, donde la gente es más supersticiosa y crédula con ciertas cosas. Gracias a eso había oído hablar del Antiprofeta y del Corán Maldito de los Místicos Rajmanís.

—De los... ¿qué? —se sorprendió Barnes mirando a su amigo.

—Los Místicos Rajmanís. Se les llama así, acabo de comprobarlo en un libro árabe de la biblioteca del Sultán en este avión. Ahí figura la leyenda de los Pájaros de Fuego y todo eso. Es el nombre que reciben sus fieles. Aunque su mística no sea precisamente lo que nosotros entendemos por tal. Según ese volumen, los Rajmanís sólo piensan en destruir la religión islámica y las influencias occidentales por un igual, para crear una nueva fe basada en el culto a los poderes del Mal y a su máxima encarnación árabe, la figura del Antiprofeta Mullahja.

—¿Existió alguna vez ese hombre, realmente?

—Sí. Hace de ello ocho siglos. Nadie sabe cuándo ni dónde murió. Su cadáver jamás fue encontrado. Dicen que su espíritu aniquilador, lleno de odio, viaja en los pájaros llameantes del infierno islámico. Y que cuando éstos tomen forma y destruyan significará que su alma ha entrado en otro cuerpo y puede dirigir a las masas al dominio de toda Arabia y del mundo. De no suceder lo que está sucediendo, yo diría que es una pura fábula para mentes

infantiles. Pero lo de Strasberg no es ninguna broma. Y lo que está sucediendo en Yazdán, tampoco.

Barnes asintió, profundamente pensativo. Les sirvieron un aromático té con hierbas, en la más tradicional costumbre árabe, y ambos lo saborearon mientras trabajaban en sus respectivas notas.

Había oscurecido totalmente cuando sobrevolaban el Mediterráneo, ya rumbo a Oriente Medio, antesala del Golfo Pérsico, y los silenciosos servidores uniformados del Sultán les sirvieron la cena en bandejas. A ambos lados, seguía la presencia de los dos

F-15

escortando al reactor real de Yazdán.

Luego se retiraron a descansar, tras charlar un rato con el coronel Mushaj sobre las cosas que sería preciso hacer apenas pusieran pie en Masnak, la capital del Sultanato. Estaban a punto de meterse en sus literas cuando apareció de nuevo el coronel, con la guerrera desabrochada y el rostro de bronceínea tez profundamente alterado.

—¡Malas noticias de Masnak! —gritó con voz crispada, mostrándoles un télex recién arrancado de la máquina—. Esto acaba de llegar ahora...

Barnes tomó el papel. Sobre su hombro. Sadam también leyó el breve texto:

«Princesa Zobaya secuestrada por fuerzas rebeldes cuando se dirigía a Masnak desde su habitual residencia en Riad. Sultán teme por la vida de su sobrina. Nadie ha reivindicado aún su secuestro».

—Dios mío, la joven princesa... —Barnes evocó la gentil figura de una auténtica odalisca árabe con influencias occidentales, morena y esbelta, curvilínea y sensual, barnizada con la cultura de Occidente y su carrera de ingeniero petro-químico, trabajo que la retenía últimamente en Arabia Saudí con una multinacional del petróleo. Miró al aturdido Mushaj con expresión preocupada—. ¿Cómo pudo suceder?

—No lo sé. No dan detalles. Estamos tratando de comunicar por

radio con Masnak, pero no es fácil. Supongo que emprendería vuelo hacia Yazdán y lo interfirieron por el camino...

—Esa gente parece tener muy bien tendida la telaraña por todo el Golfo —dijo con gesto ensombrecido Sadam Akbar—. Empiezo a sentirme realmente preocupado por la suerte final de esta guerra...

—Y yo —confesó roncamente el coronel Mushaj, saliendo precipitadamente de la cabina de literas.

Se acostaron, tardando en conciliar el sueño a causa de la última noticia recibida. Ni siquiera sabía Barnes lo que llevaba durmiendo cuando algo brusco le despertó.

El aparato había descrito una violenta sacudida en el aire, no cabía duda. Por milagro no había caído de la litera al suelo. Sadam maldecía encima de él.

—¿Qué diablos ocurre ahora? —farfulló el joven americano con malhumor.

Se encendió la luz de la cabina. El coronel Mushaj aparecía en la puerta, a medio vestir, con el rostro alterado y una expresión de alarma en sus oscuros ojos.

—¡Estamos siendo atacados! —gritó con voz crispada.

—¿Atacados? ¿Por quién? ¿Qué hacen esos dos cazas para evitarlo? —clamó Sadam dirigiendo instintivamente su mano a un arma de fuego.

—Precisamente esos dos cazas que se supone debían escoltarnos sanos y salvos hasta Masnka... son los que nos están disparando —informó dramáticamente el jefe de Seguridad del sultán El Kazar.

—¿Pretenden abatirnos? —jadeó Barnes—. ¿No existen medios de defender el avión contra esos cazas, coronel?

—No —dijo una fría voz a espaldas del propio coronel—. El avión acaba de rendirse. Volamos en la dirección que ellos nos señalan. ¿Alguna objeción, señores?

Un hombre de la guardia del coronel, con su uniforme impecablemente abotonado, sostenía una ligera metralleta asestada sobre ellos. Mushaj se revolvió, mirando con rabia y desaliento a su subordinado.

—¡Mizzar! —gritó—. ¿Qué significa esto?

—Significa, señor, que este avión es nuestro ahora —silabeó el árabe—. Y ustedes también. Si no intentan nada, nada les ocurrirá. Si se resisten, peor para ustedes...

—¡Traidores! —aulló Mushaj demudado—. ¡Es una maldita y sucia traición!

—Llámelo como quiera, coronel —rió el oficial rebelde—. Es mejor esto que ser abatidos por los cazas, ¿no cree?

Sadam Akbar cometió un grave error en ese punto. Su mano empuñaba el arma entre las revueltas sábanas de su litera. Se revolvió, veloz, disparando contra el hombre armado. Su pistola llameó con poderoso estruendo.

El otro se dobló, sorprendido, disparándosele el fusil ametrallador hacia el techo, mientras una bala le perforaba el corazón. Sadam se dispuso a encabezar la resistencia contra el golpe rebelde. No pasó de ahí.

Cuando ya Barnes buscaba su propia arma para apoyarle, surgieron otros dos hombres de Mushaj en la puerta. Sus armas ladraron ásperamente. Escupitajos de fuego enviaron contra el vigoroso cuerpo de Sadam una ráfaga de balas. Mushaj gritó, tratando de interponerse, pero un violento golpe de cañón de arma le abatió de costado, con un gemido ronco, rodando por el suelo.

—Dé gracias que le necesitamos vivo, coronel —silabeó el otro, mientras las balas sacudían con violencia trágica al infortunado Sadam, cuyo cuerpo se encogió contra las literas, salpicándolas de sangre de sus orificios. Barnes trató de hacer algo, y el arma que golpeara a Mushaj le encañonó sin contemplaciones. Un rostro moreno, frío y duro se encaró a él por encima del fusil ametrallador.

—Un movimiento más, señor Barnes, y es hombre muerto —silabeó el rebelde—. Usted también debe agradecer que nos sea útil con vida. Si no, ya estaría haciendo compañía a su camarada...

Keith no tuvo otro remedio que permanecer quieto, encogido la mirada fija en su amigo Sadam, que, con los ojos vidriosos, los labios espumeando sangre, se desplomaba al suelo, gimiendo entre dientes con un estertor:

—Maldí... tos... asesinos... Alá os... castigue...

Murió allí mismo. Barnes tragó saliva, muy pálido. Los asesinos rieron, mientras sus armas humeaban. Mushaj, en tierra, sangraba por la frente, aturdido.

—¡Alá! —dijo uno, despectivo—. ¡Mullahja es nuestro Profeta ahora, estúpidos creyentes! ¡El joven pueblo de toda Arabia le

seguirá para acabar con el fanatismo religioso y con la invasión occidental! ¡Mullahja akbar! (*En árabe. «Mullahja es el más grande»*). (N. del A.).

—¡Mullahja akbar! —gritaron varias voces en el resto del aparato real, procedentes de las gargantas de los demás tripulantes árabes.

Barnes y el vacilante Mushaj cambiaron una mirada de aturdimiento y horror. Era como la confirmación de que todos los árabes comenzaban a corear aquella demoníaca, blasfema soflama contra el Islam y contra la fe, contra todo lo establecido durante siglos en una raza creyente y fiel como pocas.

—Dios mío, coronel, ¿qué está sucediendo en el mundo? —gimió Barnes, desolado, clavando sus ojos en el cadáver de su buen amigo Sadam—. Es como si todos nos estuviéramos volviendo locos...

Había amanecido hacia cosa de dos horas cuando aterrizaron en una región desértica, desolada, siempre escoltados por los dos cazas F-15, que tomaron tierra con el avión real de Yazdán en el extenso claro arenoso, frente a la agrupación de casas encaladas y cobertizos que junto a un oasis de altas y cimbreantes palmeras, formaban el único punto acogedor de tan inhóspita región.

Pese a lo temprano de la mañana, el calor era ya intenso en la zona cuando fueron obligados a descender del aparato, a punta de metralleta. De todo el personal leal al coronel Ahmed Mushaj, sólo dos habían permanecido fieles al jefe de Inteligencia. Pudieron ver sus cadáveres junto al de Sadam, en el salón del aparato, antes de bajar a tierra con sus manos sobre la cabeza.

Fuera, en el desértico paraje, les esperaba un ruidoso grupo de árabes con sus chilabas blancas flotando al seco y cálido aire del desierto, cubiertos con negras kufiahks y esgrimiendo todos ellos modernas armas automáticas. Barnes, que era un experto en tales cosas, comprobó sorprendido que el arsenal de aquella gente estaba formado en partes iguales por armamento norteamericano, soviético y francés. Debían ser armas adquiridas en el mercado negro, a traficantes internacionales.

Les rodearon agitando sus brazos y sus armas, emitiendo gritos en un lenguaje que Barnes no dominaba muy bien, pero que

identificó como el dialecto ishtan, del noroeste de Yazdán. Eso quería decir que estaban en tierra yazdani casi con toda seguridad, aunque bastante lejos de Masnak, la capital. Y, sobre todo, demasiado lejos de toda posible ayuda real u occidental.

Entre la horda rebelde se abrió paso alguien, empujando sin miramientos a los hombres de tez oscura y pelo rizado. Se plantó al fin ante ellos, y el grupo de tripulantes armados le saludaron deferentemente, con castrense rigidez.

—Bien venidos a mi campamento, señores —saludó en perfecto inglés, con una sonrisa fría como la sangre de un reptil, mirando alternativamente al todavía ensangrentado coronel Mushaj, con su pelo revuelto y sucio de sangre, su uniforme desabrochado y su rostro demudado, o al ceñudo y hosco Keith Barnes—. Lamento que hayan tenido que presenciar actos violentos a bordo. Mi intención era traerles a todos con vida hasta aquí, pero la gente a veces es lo bastante estúpida como para enfrentarse a lo que no puede vencer.

Barnes estudió al hombre atentamente, sin responder. Era árabe, eso sin duda alguna, aunque su tez era bastante clara y sus ojos tenían una tonalidad castaño clara. Una barbita casi ridícula festoneaba su mentón, tenía nariz aguileña y boca delgada. Lo más curioso de todo era su uniforme: vestía una chilaba negra con un extraño emblema, consistente en un pájaro rojo sobre la inicial M. en árabe. En vez de pañuelo a la cabeza, un fez también negro, con un distintivo dorado, tal vez correspondiente a su graduación dentro de aquel ejército anárquico. A la cintura lucía una ancha espada curva y una moderna automática. Calzaba zapatos puntiagudos, de piel negra muy lustrosa, empañada por la arena del desierto.

—¿Quién es usted? —preguntó secamente Mushaj en árabe.

El otro se volvió hacia él, le miró despectivo y anunció con tono glacial:

—Coronel, está ante el general Omán Riyazab, o Gran Místico, jefe de las fuerzas del sector occidental de su país.

—Un maldito rebelde más —replicó Mushaj, escupiendo las palabras con desprecio.

El otro disparó su mano contra la mejilla del coronel. El bofetón sonó como un trallazo, y Mushaj se tambaleó, centelleando coléricos sus ojos negros.

—Eso le enseñará a ser más respetuoso con sus superiores, coronel —dijo el rebelde secamente.

—¡Yo no acepto más superiores que los del ejército real, fieles al sultán y al Islam! —gritó el jefe de Inteligencia, furioso.

El llamado general Omán sonrió desdeñoso, volviéndose hacia Barnes mientras dos de sus hombres aferraban por los brazos al coronel, arrastrándolo hacia alguna parte.

—Espero que usted sea más sensato e inteligente que su amigo el coronel, señor Barnes —dijo apaciblemente el extraño militar.

—Veo que me conoce muy bien, general.

—Nuestra información es perfecta en todos los sentidos, señor Barnes —rió Omán—. Ya lo descubrirá por sí mismo.

—Imagino que será inútil preguntarle dónde estoy ahora...

—¿Por qué habría de serlo? No puede causarnos daño que lo sepa. Está exactamente en el desierto de Gobal en el noroeste de Yazdán. Su alojamiento va a ser éste, en tanto se lucha en la capital para dominarla. Podrá visitar Musak cuando esté ocupada por nuestros leales. Mientras, me va a ser muy útil aquí.

—Ni siquiera sabe si aceptaré servirle de alguna utilidad, general.

—Lo hará, ya verá —rió de nuevo el rebelde—. Tengo medios persuasivos para ello.

—Lo dudo mucho. Sé soportar bastante bien la técnica persuasiva de personas como usted, incluida la tortura.

—Es posible. Pero no soportará que dos buenas amigas suyas puedan sufrir esa tortura ante sus ojos, ¿no es cierto?

—Temo no entenderle, general... —dijo Barnes, repentinamente rígido y alerta.

—Es muy sencillo. Vea eso —rió el general, señalando a un punto del oasis—. Ellas podrían sufrir mucho daño, si usted no accede a colaborar con nosotros voluntariamente, señor Barnes...

Keith miró en esa dirección. Lanzó un grito de sorpresa y sobresalto al identificar a las dos mujeres que los rajmanís traían consigo, atadas sus muñecas, sucio su cabello y pálidas sus caras.

—¡Dios, no! —gritó—. ¡La princesa Zobaya... y Lynn Wilcox, la periodista de la televisión!

CAPÍTULO VI

El lugar de encierro era bastante amplio, pero nada cómodo. Solamente unas sillas, una mesa, paredes encaladas sin aberturas, salvo la hermética puerta de entrada, de grueso roble claveteado, y alrededor de ellos todo un campamento con más de mil hombres fuertemente armados. En torno a todo eso, el desierto durante millas y millas, separándoles de todo lugar civilizado.

Keith Barnes estaba escuchando el relato de la pelirroja periodista a quien recibiera en su residencia de Nueva York, y que sorprendentemente aparecía ahora como cautiva de los rajmanís en pleno Yazdán, al otro lado del mundo.

—Cuando supe que la crisis en este país alcanzaba cotas tan graves, resolví venir aquí directamente, en vez de esperar una entrevista con usted —refirió la joven—. Y no perdí tiempo en hacer el viaje.

—¿Cómo diablos lo hizo? —Gruñó Keith—. No había vuelos regulares. Y el único vuelo chárter autorizado terminó en matanza aérea.

—Lo sé, me lo refirieron aquí —se estremeció la bella reportera humedeciendo sus carnosos labios nerviosamente—. Yo hice el viaje hasta El Cairo en vuelo regular, y una vez allí tomé una avioneta de alquiler. Me capturaron sobre tierra yazdaní unos cazas rebeldes. Al parecer, muchas fuerzas leales al sultán se están pasando al enemigo. He oído extrañas proclamas, negando a Alá y al Profeta y condenando el islamismo y la influencia occidental por un igual... Al principio no entendí nada.

—¿Y ahora? ¿Entiende algo? —preguntó con voz ronca el coronel Mushaj, al que la propia princesa Zobaya estaba curando rudimentariamente sus heridas en la cabeza.

—Me temo que sí —suspiró Lynn Wilcox con tristeza—. Es un nuevo movimiento fanático, una especie de cruzada antirreligiosa, ¿no?

—¿Nuevo? —rió sordamente el coronel moviendo la cabeza con un gesto de dolor al aplicarle la princesa unos esparadrapos—. Vejez de siglos tiene ese movimiento rebelde, señorita. Pero ha resurgido ahora de la intolerancia y de la desilusión de nuevas generaciones jóvenes árabes, que culpan por un igual de la situación presente de la raza árabe en el mundo a islámicos y prooccidentales o prosoviéticos. Quieren algo nuevo y terrible, capaz de dejar pálidos los excesos religiosos de los chiles o de los ayatollahs del Irán. Ya ni siquiera aceptan el Corán como el libro sagrado, sino una especie de monstruoso libelo escrito hace siglos por un loco que se creía Antiprofeta. Es como si las turbas se lanzaran a un fanático culto al diablo.

—Empiezo a darme cuenta de que he caído en un horrible pozo sin fondo —susurró Lynn, angustiada—. Pero ya es tarde para arrepentirse de ello. Me quitaron todo: cámaras, video, absolutamente todo. Ni siquiera podré tener mi reportaje si salgo viva de esto.

—Confórmese con salir viva y no pida más —dijo Barnes pensativo—. Ahora todos estamos en poder de esa chusma sanguinaria, y los modales untuosos de su cabecilla no me logran tranquilizar lo más mínimo. Veo que también a vos os secuestraron ellos. Alteza...

La princesa Zobaya se volvió hacia Barnes. Su bronceado y bello rostro moruno reflejó una gran serenidad al responder con un asomo de sonrisa:

—Interceptaron con aviones de combate el aparato en que volvía desde Riad. Abatieron a un caza de escolta y obligaron a tomar tierra a nuestro avión. Fusilaron a toda la tripulación, formada por personal saudí. Creí que seguiría su misma suerte, pero me trasladaron aquí desde el lugar de aterrizaje, en un *jeep* militar, rodeada de gente armada. No me han dicho lo que pretenden de mí, pero supongo que me utilizarán como un medio de presión contra mi tío el sultán.

Barnes asintió, contemplando con aire abstraído la grácil figura femenina, cimbreada como las palmeras de los oasis, y con toda la

carga sensual y exótica de su raza, pese a vestir pantalón, botas y camisa a la usanza masculina occidental. Su negrísimo cabello largo lo llevaba peinado con un moño en la nuca, muy estirado hacia atrás. Era una muchacha bellísima, con su amplia frente de bronce vivo, sus ojos rasgados, su carnosa boca y su óvalo facial perfecto. De su cuerpo, sobresalían las curvas de sus caderas y la arrogancia majestuosa de sus jóvenes pechos enhiestos, adheridos a la camisa sin corpiño alguno en medio. Barnes, que la recordaba como una adolescente, casi una niña hacía sólo dos años, se admiraba ante el poder de seducción que ahora emanaba de aquel cuerpo femenino.

—Es preciso huir de aquí de alguna forma —dijo escuetamente.

—¡Huir! —suspiró Zobaya, encogiéndose de hombros con el fatalismo propio de su raza—. Inútil todo, querido Keith. Esta gente lo tiene todo bajo control. Nos convertirían en una criba antes de poder abandonar siquiera el oasis, estoy segura de ello.

—Yo también —corroboró la periodista arrugando deliciosamente su ceño—. Esa gente de ahí afuera está deseando darle gusto al gatillo. Barnes. Sólo los modales de ese general Omán les frena un poco por el momento. Les he visto fumar hachís. Tal vez si se drogan en exceso, se conviertan en realmente peligrosos...

—No tema, es difícil drogar a un árabe con hachís —sonrió el coronel Mushaj suavemente, mientras la princesa daba por terminada la cura. El la miró, con respetuosa gratitud y añadió, solemne—: Gracias por todo, Alteza...

—No tiene importancia, coronel —dijo la joven sobrina del sultán—. Estamos todos juntos en esto. Debemos ayudarnos, dejando al margen jerarquías. Además, creo que tanto usted como yo nos hemos educado en Occidente...

—Así es. Alteza —admitió Mushaj con dulzura. Luego miró de nuevo a Lynn y agregó—: Le decía que acostumbremos a fumar hierbas casi desde niños. No afecta demasiado a nuestra lucidez mental, pero pueden drogarles de otro modo para convertirles en guerreros más feroces, y eso sí será peligroso.

La puerta se abrió bruscamente. Volvieron todos la cabeza. Tres hombres armados de fusiles ametralladores ligeros cubrieron la salida de inmediato, a contraluz del crudo sol del desierto. Una vaharada de aire caliente penetró en la amplia celda blanqueada.

—Usted, salga —invitó uno a Barnes con aspereza—. En seguida.

Le reclaman fuera.

Keith miró a sus tres compañeros de prisión. Un arma se apoyó en su estómago para resultar persuasiva.

—Espero volver —dijo escuetamente con una sonrisa.

Y abandonó la celda, siguiendo a los hombres armados a través del campamento árabe instalado en el oasis. Los aviones permanecían situados en el inmenso aeródromo de arena que les rodeaba, a escasa distancia del agrupamiento de arbustos, palmeras y blancas edificaciones.

Fue llevado hasta otra edificación, donde media docena de hombres de chilaba negra montaban guardia, metralleta en mano. Golpearon la puerta. Una voz dijo algo en árabe, y entraron con él sin perder momento.

—Hola, americano —dijo en inglés algo defectuoso una voz de clara cadencia árabe—. Sé bien venido. Estaba deseando conocerte.

Una sorpresa inesperada, pensó Keith mirando a su interlocutor, ataviado a la usanza árabe como todos los demás. Sólo que, bajo la chilaba blanca y el kufiahk negro masculino, era una mujer la que le estaba mirando y hablando.

Una mujer con dos cinturones-canana cruzados en aspa sobre el pecho, una enorme pistola al cinto, y una rara belleza no exenta de dureza y crueldad en su morena faz.

—¿Quién eres tú? —preguntó Barnes usando la lengua árabe en su interrogante.

—Me llamo Minaqa —dijo ella fríamente en el mismo idioma—. Y de ti depende ahora que sigas vivo o que mueras de inmediato, americano.

Minaqa se puso en pie perezosamente. Cubrió su desnudo cuerpo bronceado, de poderosos pechos vibrantes, ampulosas caderas y recios muslos con su blanca chilaba, sin prisas. Keith Barnes la miró desde los cojines de raso y seda de mil colores, que habían sido lecho de ambos en un rincón de la blanca estancia.

—No me habían informado mal —dijo ella escuetamente, mirándole con ojos fulgurantes y una sonrisa complacida en sus labios—. Eres un macho de la mejor especie.

—Me gustaría saber quién te dijo eso —suspiró Keith apoyándose en un codo.

—Los rajmanís estamos bien enterados de todo, incluso del sexo

—rió ella burlona, ajustándose sus cinturones canana cruzados sobre el prominente torso—. Y un macho como tú siempre me interesa sobremanera.

—Ya me he dado cuenta de ello —suspiró Barnes mirando su reloj de pulsera—. He pasado aquí cuatro horas. Y apenas si he reposado unos pocos minutos...

—No necesitabas reposo —rió ella, provocativa, echando se atrás su melena azabache y ajustándose con pericia su tocado capilar, compuesto por el paño y las cuerdas doradas—. Eres un semental magnifico, Barnes. Incluso los de mi raza pueden sentirse celosos de ti, incluido el general Omán.

—Vaya, eso es halagador incluso para un prisionero —comentó Barnes, sarcástico—. Creo que gran parte de mi mérito es tuyo. Sin material de primera clase en las manos, nunca se puede hacer una buena obra, Minaqa.

—Eso más que un halago suena a grosería —replicó la mujer, tajante—. Pero te lo pasaré por alto en gracia a tu comportamiento de estas horas. Puedes volver con tu gente ahora mismo, si lo deseas. No te retendré más americano.

—Me gustaría antes saber algo más sobre ti, Minaqa —confesó Keith poniéndose en pie. Su desnudo, musculoso cuerpo, fue enfundándose en las escasas ropas que le habían dejado sobre sí los rajmanis en su celoso registro antes de bajar a tierra con sus prisioneros: simplemente pantalón, camisa, zapatos y calcetines. Ni una prenda más.

—¿Sobre mí? —Los ojos rasgados, negros como la noche, le miraron despectivos—. ¿Por qué habría de contarte nada de eso a ti? Sólo has sido mi pareja durante un rato, el macho que necesitaba. No te creas más importante que eso americano.

—Veo que eres una guerrillera activa de los rajmanis. Una fiel creyente del Antiguo Profeta Mullahja.

—Veo que sabes sobre nosotros más de lo que saben muchos —silabeó ella, cauta—. Sí, tienes razón. Como tantos otros jóvenes de mi raza, aprendí que el futuro nuestro no está en el Islam ni en el proteccionismo comunista u occidental, sino en el fin de toda creencia religiosa, la destrucción de toda fe que no sea la de adorar a las fuerzas de las Tinieblas, al Adversario de toda idea de Dios, llámese como se llame. El caos y la destrucción de lo establecido, la

anarquía del individuo y de la masa, el aniquilamiento de idolatrías, la guerra y el placer, serán nuestras constantes del futuro. El mundo que construyeron con lo que ellos llaman su verdad, no nos gusta. Y buscamos otro radicalmente distinto.

—No se puede abjurar de todo, sólo porque algo no resulte bien —sentenció Barnes—. No digo que la religión, la cultura y la civilización actuales sean perfectas, pero eso que vosotros seguís es negativo, aniquilador y falso. Es buscar lo bueno en el Mal. Buscar una solución donde todas las soluciones se despedazan. Iréis tarde o temprano al desastre, a la autoinmolación.

—Es posible. Pero habrá valido la pena cambiar muchas cosas que no nos gustan —ella se cimbrió, provocativa, junto a Barnes—. Vete ya. Empiezas a cansarme. ¡Ibrahim, llévate al americano de aquí!

Entró un grueso árabe de tez grasienta, armado con una metralleta. Empujó a Barnes fuera de la vivienda. Estaba cayendo la tarde rápidamente sobre el desierto. Allá en la arena, brillaban los fuselajes de los aviones al recibir los rayos del sol poniente, vigilados de cerca por media docena de rajmanís armados. En el campamento del oasis, el millar largo de guerreros descansaba en las más diversas posturas, formando grupos, tendidos o sentados en la hierba, junto al manantial, o en las puertas de las viviendas. Sólo unos pocos paseaban arma en ristre, montando guardia.

Fue introducido a viva fuerza en la vivienda destinada a prisión de todos ellos. Mushaj y las dos mujeres se acercaron a él presurosos, con la preocupación reflejada en el semblante.

—Pensábamos ya lo peor. Barnes —confesó el coronel—. ¿Le han hecho algún daño?

—No, nada de eso —sonrió Keith—. Nadie podría decir eso de lo ocurrido... Ni siquiera me han interrogado. Ha sido una especie de tratamiento experimental. Querían saber cosas de mí por un método tan viejo como el mundo.

—¿Qué clase de cosas? —indagó Mushaj, arrugando el ceño.

—Hay damas delante, no puedo decirlo —Keith se encogió de hombros—. Bástele saber que una bella guerrillera llamada Minaqa ha querido probarme que es toda una mujer.

—¡Minaqa! —exclamó Zobaya con sorpresa—. He oído hablar de ella...

—¿De veras? —Barnes se volvió a ella—. ¿Qué ha oído decir de esa mujer?

—Es una antigua luchadora contra mi tío el sultán. Estuvo inicialmente en los comandos fanáticos de islámicos revolucionarios...

—Pues ahora ha cambiado de fanatismo. ¿Sabe algo más de ella?

—Sí. Que posee un raro y fuerte poder hipnótico...

—Hipnosis... Lo sabía. Había gato encerrado en ese insaciable apetito sexual. No todas las horas las pasamos haciendo el amor, es evidente... Ella me interrogaría bajo hipnosis y luego borró el recuerdo de ese interrogatorio de mi mente.

—Y usted ha caído en la trampa como un colegial —le reprochó adustamente Lynn—. Ah, los hombres... Siempre tan persuadidos de su machismo, se dejan manipular como monigotes por una mujer astuta... Seguro que le habrá revelado todos los secretos de la CIA...

—No diga tonterías —se irritó Keith—. Estoy perfectamente entrenado para no responder a impulso hipnótico alguno. Conservo la lucidez y control mentales incluso en esos trances, resultado de un duro y largo entrenamiento especial. Ella no ha averiguado nada de nada de cuanto quería saber, eso es obvio. Por eso está contrariada. No lo ocultó en ningún momento.

—Menos mal —resopló Mushaj, aliviado—. Los planes de su Gobierno para ayudar al Sultán pueden ser vitales mientras esa gente no los averigüe.

—¿Servirán de mucho estando aquí prisioneros? —dudó la princesa Zobaya.

—No, no servirían de nada —convino Keith gravemente. Les miró, risueño—. Por eso vamos a escaparnos esta misma noche, amigos míos.

Las dos mujeres y el coronel le miraron con estupor e incredulidad, ante la firmeza segura de sus palabras, cuando se abrió la puerta y entraron unos árabes, bajo protección armada, depositando en la mesa alimentos y bebida para su cena.

CAPÍTULO VII

—Supongo que bromeaba antes cuando dijo aquello de la fuga...

Barnes meneó negativamente la cabeza, mirando al coronel a la luz de la lámpara de aceite que les habían suministrado por toda iluminación.

—No —dijo—. Hablaba completamente en serio, coronel.

—Pero... pero eso es absurdo. ¿Cómo escapar de un sitio ocupado por más de mil hombres armados hasta los dientes lejos de Musak y de todo lugar habitado, en pleno desierto de Gobal?

—Eso es asunto mío, coronel. Ciertamente que puede fallar el plan, pero existen posibilidades de éxito, no le quepa duda. Todo depende de que las cosas sean como yo pienso que son.

—Me asombra usted. Barnes. Y me desconcierta. Parece tan seguro de sí mismo, pese a que yo no vea medio humano de salir de aquí con vida...

—Lo estoy, no lo dude. Ahora, sólo falta esperar un poco. Aún no es la hora indicada, amigo mío. Finjamos dormir, cansados por la dura jornada. Eso a nadie le va a extrañar. Y esperemos al momento oportuno...

Se tendió tranquilamente sobre las mantas que les habían suministrado para dormir en el duro suelo. Las dos mujeres se miraron, desorientadas, y le imitaron, tendiéndose cerca de él. Lynn comentó con ironía:

—Cuidado, Alteza. Debemos mantener cierta distancia con Keith Barnes. Recuerde que corremos serio peligro de caer rendidas en sus brazos de macho prepotente...

Zobaya se echó a reír de buen humor, y Keith se limitó a sonreír burlón a la joven periodista. El coronel Mushaj se acomodó de mala gana junto a Barnes, mientras los hombres armados regresaban,

recogiendo los platos y vasos vacíos. Al retirarse, uno de ellos dijo en árabe:

—Laylatak Sa'ida, sayyidáti wa sádat (*En árabe, respectivamente, las frases citadas significan: «Buenas noches, señoras y señores». Y la respuesta es: «Gracias».*) (N. del A.).

—Min fadlak —respondió sarcástico Barnes, con los ojos cerrados.

La puerta se cerró sordamente tras los celadores. Reinó el silencio en la vivienda. La luz de la lámpara se amortiguaba por momentos. Pasaron cosa de dos horas, y la llama se hizo tan macilenta que apenas iluminaba nada.

—Ya —dijo bruscamente Barnes, poniéndose en pie de un salto—. Es el momento.

—Pero... ¿qué diablos haremos? —quiso saber el coronel, sentándose en la manta, con gesto perplejo.

—Va a verlo en seguida —sonrió el ex agente de la CIA con gesto muy seguro.

Y comenzó a llevar a cabo lo que todos consideraron como un auténtico milagro.

Sobre el oasis brillaban las estrellas como única luz en la noche, salvo algunas fogatas bajo las palmeras. Los tres aviones apenas si eran visibles en la extensión de arena, movida por una suave, seca y fría brisa nocturna procedente del interior del desierto. Las vagas sombras blancas y negras de las chilabas árabes flotaban entre la vegetación y las fantasmales casas encaladas, marcando el emplazamiento de los hombres del turno de vigilancia.

En todo el oasis, bien bajo los astros o dentro de las casas, el millar largo de hombres dormía profundamente tras el duro entrenamiento cotidiano para estar a punto para la batalla decisiva.

De repente, comenzaron a ocurrir cosas en el silencioso oasis del desierto de Gobal. Cosas que no fueron escuchadas ni observadas por los árabes que vigilaban, ni por aquellos que dormían...

En la oscura celda, las dos mujeres y el coronel Mushaj rodeaban llenos de perplejidad y escepticismo a un Keith Barnes que, silencioso y concentrado, se pegaba a la hermética puerta de recia madera, como si fuese un mago a punto de sacar de un inexistente sombrero una legión de conejos blancos para pasmo de sus espectadores. Ninguno confiaba realmente en que el ex agente de la

CIA pudiera abrir aquella puerta sin herramientas, sin llaves, y, sobre todo, sin ruido.

Se llevaron los tres una gran sorpresa cuando todo eso sucedió ante sus propios ojos, a la macilenta claridad de la llama agonizante en la lámpara de aceite.

Keith se desprendió su reloj de pulsera de la muñeca. No manipuló la caja metálica del mismo, sino la pulsera de piel, de apariencia vulgar. Justo al lado de la hebilla, desprendió la piel en dos partes. En su interior apareció algo apenas visible, que depositó en la yema de su dedo pulgar. Mushaj se inclinó, escudriñando aquel diminuto objeto cuadrangular, de apariencia plástica, y lanzó una imprecación sorda.

—¡Un chip! —jadeó.

—Así es —susurró Barnes—. Un chip o circuito integrado en silicona. Microelectrónica sofisticada, como la que tenemos en nuestras calculadoras de bolsillo, videojuegos, ordenadores y todo eso. Es un chip del tipo UCD. Habitualmente se utiliza para detectar cuerpos celestes en modernos telescopios electrónicos, o para detectar partículas subatómicas en experimentos de alta energía. Pero en este caso, aplicado a una tarea infinitamente más simple y elemental. Vean...

Aplicó el microcircuito a la cerradura y presionó levemente uno de sus pequeñísimos ángulos, donde solamente con una lente hubiera sido visible el conmutador cuadrangular que accionaba la máquina a escala infinitesimal.

Para pasmo de todos, ocurrió algo en la cerradura. Se escuchó una especie de leve chirrido continuado. Luego, un chasquido seco. Después, otro chirrido y un segundo chasquido. La hoja de madera vibró de forma apagada. Barnes sonrió en la penumbra.

—Ya está —dijo, retirando su pulgar con el chip adherido a la piel, que repuso cuidadosamente entre ambas hojas de la piel de su correa de reloj.

—Ya está... ¿qué? —musitó Wilcox, mirándole a los ojos—. La puerta —suspiró Keith—. Abierta, amiga mía... Ella pestañeó, desconcertada. Apoyó la palma de una mano en la sólida hoja de roble y, efectivamente, ésta cedió un poco con un tenue crujido.

—Espere —silabeó el joven americano—. Aún no. Tenemos que hacer otra cosa antes de salir de aquí. Recuerde que ahí fuera nos

esperan varios hombres de guardia muy bien armados.

Se despojó de su zapato derecho, y extrajo cuidadosamente una plantilla interior muy delgada, de apariencia inofensiva, en materia espumosa. Hizo igual con el otro zapato, cuidando de que ambas plantillas no se rozaran siquiera entre sí. Mientras, el coronel preguntó con tono suave:

—¿Cómo hizo lo de la puerta, Barnes?

—Muy simple. Yo no hice nada. Ese microcircuito integrado está programado para varias actividades simples pero muy necesarias. Una de ellas es activar automáticamente las cerraduras mediante impulsos magnéticos sobre el metal sustituyendo a la presión de los dientes de una llave. Algo elemental para un complejo electrónico tan sofisticado en su pequeñez, como usted sabrá sin duda.

—¿Siempre lleva algo así consigo? —se admiró el jefe de Seguridad del sultán.

—Sí, siempre —sonrió Barnes—. Nunca se sabe en mi trabajo lo que puede ocurrir. No es la primera vez que caigo prisionero. Ni la primera vez que utilizo ese sistema para salir de mi encierro, se lo aseguro.

—Admirable. ¿Y ahora... qué piensa hacer para que esa gente de fuera nos deje salir tranquilamente? ¿Hacernos invisibles?

—No sería mal procedimiento... sí los expertos de la CIA hubieran logrado resolver el secreto de la invisibilidad —rió suavemente Keith—. Pero de momento, esa exclusiva la tiene solamente H.

G. Wells,

para desgracia nuestra. Sin embargo existen otros procedimientos tan eficaces como ése... Éste, por ejemplo.

Mostró en sus dos manos ambas plantillas. Sólo un buen observador hubiera notado una diferencia de grosor y de tonalidad en cada una de ellas. Mushaj enarcó las cejas, expectante. Ya no se sentía tan escéptico respecto a las palabras del agente americano.

—Les ruego retengan la respiración lo más posible —avisó Keith—. No respiren lo más mínimo, por amor de Dios, o todo se complicará. Llenen de aire sus pulmones y aguarden, aunque sientan estallar sus pulmones en cuanto yo avise...

Empezó a entreabrir la puerta lenta, muy lenta y cuidadosamente para no producir ruido ni permitir que la maniobra

fuese advertida allá fuera, en la oscura noche del desierto. Luego, apenas entreabierta la hoja unos centímetros, vislumbró por la rendija las sombras blancas y flotantes de las chilabas árabes en el exterior. Aplicó una plantilla contra la otra, pegadas ambas a la abertura de la puerta, y respiró hondo, aspirando luego todo el aire posible. Los demás le imitaron sin dejar de mirarle.

De las plantillas en su mano emergió algo evanescente, una especie de vaho difuso, que ni siquiera llegaba a ser humo. Conteniendo la respiración no llegaban a percibir su olor, pero allá fuera, los hombres armados de vigilancia ante la casa encalada que servía de prisión, sólo notaron un leve aroma a madera quemada, lo cual no era extraño habida cuenta de la proximidad de las fogatas en el oasis. Fue todo lo que llegaron a percibir. Unos segundos después, el tenue gas penetraba en sus pulmones.

Se desplomaron uno por uno ante la puerta, totalmente inconscientes. Fue un rápido, profundo y paralizante sueño que les impidió incluso emitir un solo grito, el más leve sonido con su garganta. Sus cuerpos rodaron sorda, apagadamente sobre la hierba densa del oasis. En la oscuridad apenas diluida en algunas zonas por las llamas de los fuegos mortecinos, nadie advirtió el hecho.

Rápido, Barnes abrió la puerta, separando una plantilla de otra y arrojando ambas dentro de la prisión que habían compartido durante horas. Explicó, mientras se agazapaba rápido en la oscuridad del exterior, junto a los hombres caídos en tierra:

—Pronto, pueden respirar ya y cambiarse de ropas. Pónganse estas chilabas y tocados de cabeza. Tomen las armas. Pero no hagan nada. Intentaremos salir del oasis y llegar a los aviones. Debemos tomar uno rumbo a Masnak lo antes posible.

—Nos lo impedirán, Barnes —dudó Mushaj—. Además, aunque alcancemos un aparato, quedarán otros dos para perseguirnos...

—También trataré de arreglar eso, coronel. Ahora vístanse con estas ropas árabes.

Le obedecieron los tres presurosamente. Lynn Wilcox le preguntó en voz baja:

—¿Cómo lo hizo esta vez? Ese gas o lo que sea, me refiero.

—Muy simple. Dos plantillas que por sí solas no tienen valor alguno. Contactadas, son dos sustancias químicas diferentes que hacen reacción y producen un gas narcótico de gran efectividad y

fulminantes efectos incluso al aire libre. Pero toda su contundencia tiene otro problema: dura poco tiempo, sólo unos minutos. Pronto estarán nuevamente despiertos estos tipos. Para entonces debemos estar lejos.

—Podríamos eliminarlos —sugirió el coronel—. Son enemigos, asesinos fanáticos...

—Lo sé. Pero siempre me repugnó matar a sangre fría incluso a mi peor enemigo. No haremos eso. Creo que tendremos tiempo de llegar a los aviones. Dios quiera que sea sin que el resto de esta turba se dé cuenta de ello, coronel.

En escasos momentos, su aspecto había cambiado radical mente. Lucían las chilabas y kufiahks árabes cubriendo cuerpo y cabeza, y a alguna distancia, en la oscuridad, nadie hubiera notado el trueque. Barnes señaló hacia los aviones, cuyos fuselajes metálicos relucían al resplandor de las fogatas, al sur del oasis.

—Vamos —señaló sordamente—. Hay que intentarlo ya, no podemos perder ni un solo minuto.

Y echó a andar, fusil ametrallador en mano, con la mayor naturalidad, como si diera un paseo en torno a la casa vigilada, seguido por los otros tres. Sus vagas sombras blanquecinas destacaban como espectros en la sombra. Confiaba en que nadie se fijara en su paulatino y sigiloso alejamiento de su lugar de vigilancia.

Nada sucedía de momento a sus espaldas. Los cuatro caminaban tensos, en un estado de alerta constante, a la espera de que cualquier voz diera la alarma y comenzara el jaleo. Sin embargo, tuvieron suerte. Alcanzaron los límites de la vegetación y pisaron la blanda arena del desierto. Ante ellos, todo era ya oscuridad. Una oscuridad esperanzadora, con tres aviones aguardando cerca de sus personas.

—¿Sabe conducir un avión? —indagó Mushaj en voz baja.

—Sí —afirmó Barnes—. Será mejor usar un caza

F-15

. El avión real es demasiado pesado y difícil de manejar.

—Perfecto. Pero ¿qué sucederá cuando esa gente oiga el motor? Se nos echarán encima en un momento... y los otros aviones podrán darnos caza fácilmente...

—Ya le dije que tengo un remedio para eso —sonrió duramente

Barnes, pisando ya decididamente el suelo arenoso con larga zancada—. Vamos, de prisa. Hay que apurar el tiempo. Esos tipos deben estar a punto de volver en sí...

Fueron alejándose del oasis en la noche. Pero no eran los abatidos vigilantes el mayor peligro. De repente, algo sucedió en la noche. Algo que provocó un escalofrío en los fugitivos. Fue la princesa Zobaya quien, girando la cabeza, precavida, descubrió el terrible peligro.

—¡Miren! —jadeó, aterrada—. ¡Esas cosas que vuelan hacia nosotros...!

Todos giraron la cabeza. El coronel soltó una imprecación, con gesto de profundo asombro. Lynn Wilcox gritó asustada. Barnes se puso rígido.

—¡Los pájaros! —rugió, dominando su horror.

Era cierto. En la noche del desierto, procedentes del oasis, una bandada de pájaros, bien visibles en la oscuridad, se precipitaba sobre ellos en vuelo rasante.

Había un motivo concreto para que fueran tan visibles en las tinieblas.

¡Eran pájaros llameantes, formas aladas envueltas en la luz de un fuego rojo y siniestro!

En el oasis sonaron gritos de alarma y se conmocionó toda la turba de fanáticos rajmaníes...

—¡Pronto, corran! —aulló Barnes, frenético, alzando su fusil ametrallador y comenzando a dirigir ráfagas contra el oasis y contra la bandada de temibles pájaros de fuego que salpicaban con sus llamaradas flotantes la noche del desierto—. ¡Corran lo más de prisa que les sea posible hacia el caza más próximo, por lo que más quieran!

Y crepitaba su arma rabiosa, implacable, llenando de escupitajos de luz la oscuridad. Una rociada de balas alcanzó a los primeros adversarios que corrían hacia ellos protegidos por la sombrilla luminosa de las aves flamígeras.

Éstas, mientras tanto, llegaban ya en su rápido vuelo sobre los fugitivos, comenzando a descender hacia ellos con vuelo rectilíneo, de flecha. Barnes elevó sus ojos, contemplando las llameantes formas aladas que se le venían encima como una maldición del propio infierno.

Mushaj y las dos jóvenes también hacían sonar sus armas furiosamente, mientras corrían a la desesperada hacia el caza F-15

más próximo, contemplando despavoridos cómo los pájaros se concentraban alrededor de Keith Barnes en furioso revoloteo agresivo.

El recuerdo de las trágicas muertes ocurridas en Nueva York con la aparición de las aves infernales, parecían sobre coger a los tres camaradas de Keith en su fuga. Los árabes rebeldes, entretanto, corrían por el desierto, haciendo crepitar intensamente sus armas de fuego. Todo el oasis estaba ya en pie de guerra.

Barnes alzó su arma contra los pájaros, vaciando cientos de proyectiles sobre aquellos cuerpos alados que le acosaban sin descanso. Notó el roce cercano de las alas flamígeras de uno de ellos, y sintió un calor insólito en su piel, casi una quemadura. Rápido, se arrojó en la fría arena, rebozándose en ella mientras no cesaba de apretar el gatillo del arma automática, que vomitaba rociadas de proyectiles contra los pajarracos. Algunos de ellos se desplomaban ya, formando una especie de fuegos fatuos sobre la arena. Pero Barnes seguía sintiendo un calor anormal en su piel, algo parecido a una intensa fiebre. Tuvo el tiempo justo de arrancarse del cuello una pequeña medalla de plata colgada de una cadena del mismo metal. Rompió la medalla contra su epidermis, de un seco golpe.

Una sensación gélida se apoderó de él. De la medalla rota escapó un vapor azul, denso, que se cristalizó sobre su epidermis y sus ropas en rápida expansión, parecido a una pátina de hielo quebradizo y azulino. Los pájaros golpearon contra esa frágil capa sin quebrarla, y rebotaron, alejándose en vuelo furioso. Las balas disparadas por las manos de Barnes cubiertas ahora de aquella rara costra de hielo, abatieron a unos pocos pájaros más mientras él se incorporaba, corriendo agazapado hacia el avión cercano, junto a cuyo fuselaje se hallaban ya sus camaradas.

Los árabes rebeldes se aproximaban ya peligrosamente, formando una masa de flotantes ropas al aire, mientras los pájaros de fuego revoloteaban sobre Barnes sin poder abatirle al parecer ni causar en él los devastadores efectos que causarían en Aaron Strasberg o en el infortunado viajero de los Adirondacks.

—¡Suban al aparato! —rugió Barnes, acercándose a ellos a rápidas zancadas, moviéndose en zigzag para no ser alcanzado por los proyectiles que horadaban la noche del desierto—. ¡Pronto, suban ya!

Él llegó cerca del aparato y miró a los otros dos aviones parados junto a los mismos. Dos árabes armados de metralleta surgían entre ellos, despiertos sin duda de un pesado sueño por el fragor de la batalla. Los abatió de una ráfaga, y corrió hacia los dos aviones para sorpresa de sus compañeros.

Llegó a ellos y realizó la cuarta maniobra sorprendente de aquella noche. Se arrancó velozmente los botones de su camisa y los adhirió al fuselaje del avión real y del otro caza, justamente sobre sus depósitos de combustible. Luego, echó a correr hacia el caza donde entraran ya las dos mujeres y el coronel.

Cosa extraña, los botones de la camisa de Barnes, al adherirse al fuselaje de los aparatos, habían dado la impresión de ser de un material moldeable y magnético, sin desprenderse de su emplazamiento.

Disparó otras varias ráfagas contra los atacantes, abatiendo a varios de ellos. Pero en pocos momentos estarían rodeados de enemigos y la fuga sería imposible. Cosa extraña, al menos las furiosas ráfagas de sus enemigos parecían más de advertencia para que se entregaran que de auténtica amenaza mortal. Tal vez ni siquiera imaginaban que sus prisioneros podían escapar de allí con vida. Y, sin duda, necesitaban vivos a la princesa y a él mismo.

Alcanzó el caza. Sonrió complacido al oír ronronear su motor. El coronel Mushaj había activado el mecanismo de a bordo, y eso les hacía ganar un tiempo precioso. Subió al aparato, cuyo fuselaje era ya batido por algunos proyectiles, aunque por fortuna en sitios poco vitales. Rápido, se sentó en el asiento del piloto, que ya dejaba el coronel, y tomó los mandos del moderno

F-15,

con los reactores en marcha.

—Dispare usted sobre los otros aviones, coronel —pidió a Mushaj—. Justo sobre la zona de los depósitos de combustible.

—Lo haré. Pero eso no bastará para hacer arder la gasolina. Está fría ahora en los depósitos...

—No importa. Usted dispare. Es todo. Yo intentaré despegar.

Fuera, los pájaros llameantes revoloteaban inofensivos ya, en torno al aparato, cuyo metal resultaba un caparazón demasiado fuerte para sus furiosos ataques. Barnes los contempló, sombrío, desde su asiento, a través del cristal de la cabina, golpeándose contra el morro y las alas del caza. Éste ya rodaba sobre la arena velozmente, iniciando el despegue entre los alaridos y disparos de los enfurecidos rajmaníes.

El coronel apretó el gatillo, disparando contra los otros dos aparatos posados en la arena. Para asombro suyo, el efecto fue devastador. Los dos aparatos se encendieron súbitamente en la noche, con enormes llamaradas, reventaron sus fuselajes, y todo el desierto, poblado por árabes como si fueran hormigas, se llenó de roja luz, de un vivísimo resplandor que les cegó y aturdió por unos momentos, mientras el caza corría por la arena, iniciando segundos más tarde el despegue.

Atrás, quedaba el oasis, dos enormes hogueras entre hierros retorcidos, y una legión de árabes enfurecidos. De los pájaros llameantes, ya no se veía el menor rastro.

Tomaron altura poco a poco, y se alejaron en el cielo estrellado, con rumbo sudeste, hacia la capital del Sultanato. Mushaj, muy pálido, se sentó junto a Barnes con un jadeo, mirando asombrado a éste.

—¿Qué diablos hizo para que esos aviones reventaran como cartuchos de dinamita, Barnes? —preguntó el militar árabe—. ¿Y cómo se defendió de esos pájaros?

—Eran mis dos últimos recursos —sonrió Keith—. Mis botones de la camisa son cápsulas de un derivado de la nitroglicerina a alta concentración, en una cápsula plástica en forma de botón vulgar y corriente. Se adhieren fácilmente a cualquier sitio. Como ve, nada mágico ni sobrenatural.

—¿Y qué me dice de esa especie de escarcha que le cubre el rostro, las manos, incluso sus ropas? —le señaló perplejo Mushaj—. Parece estar congelado. Despide usted un frío terrible incluso ahora...

—Frío —asintió Keith risueño—. Eso es. Una palabra simple frío. Si esos pájaros calcinaban interiormente a sus víctimas, tenía que haber una sola forma de combatirlos: el frío. Era una conclusión lógica, a la que llegamos mis amigos de la CIA y yo mismo. Los

expertos dictaminaron que los daños mortales de las víctimas de esos malignos seres alados eran causados por un fuego interior inexplicable. Debían transmitirlo esos pájaros de alguna forma. Hemos deducido, aunque sin seguridad alguna, claro, que la sustancia inflamable que empapa sus cuerpos, puede ser un gas que atravesase la epidermis e incluso los tejidos de las ropas sin quemarlos, pero abrasando el interior de los seres atacados, tal vez por alteración de temperatura o de composición química. En cuyo caso, la muerte abrasadora penetraría por los poros de la piel. Nada mejor que intentar neutralizar ese fuego asesino mediante una fuerte descarga fría, una capa gélida capaz de frenar la sustancia mortal que destilan esos pájaros en su contacto, ya que no en sus picaduras o arañazos, que jamás producen a las víctimas. De modo que, contra reloj, nuestros técnicos de laboratorio crearon una cápsula de aire líquido, superconcentrado, pero inofensivo contra los tejidos humanos, que, al derramar un frío absoluto, en la dosis precisa, sobre la piel humana, neutralizara a ésta del fuego letal, impidiendo el paso de ese posible e hipotético gas asesino que emiten los pájaros llameantes.

—Admirable, Barnes. Y todo eso lo llevaba encima sin saberlo ninguno de nosotros. Y sin llegar a confesárselo usted a esa guerrillera, Minaqa, bajo hipnosis...

—Así es —sonrió Keith, conduciendo con mano firme el F-15

hacia la capital del sultanato de Yazdán—. Era un secreto bien guardado, coronel. Porque pensé en la hipnosis como medio de interrogatorio. Y aunque yo estoy preparado casi científicamente contra hipnosis y drogas de la verdad, ustedes no. Por tanto, nada debían saber.

Mushaj asintió, con gesto admirado, mientras el aparato les iba aproximando sin problemas a su destino.

CAPÍTULO VIII

El sultán Abd El Kazar era hombre de gran personalidad. Grande, fuerte, atlético y de poderoso físico, su faz era ancha, risueña, con barbita recortada, ojos oscuros y agudos, fácil sonrisa y aspecto afable. Hombre culto, educado a la usanza occidental, pero fiel guardián de la fe de su pueblo y de su raza, se unían en él la desenvoltura del hombre de Occidente, moderno y lleno de eficiencia, y la pausada solemnidad y sabiduría del hombre de un pueblo viejo, civilizado y profundamente respetuoso de las tradiciones.

—Es una aventura increíble —ponderó, tras abrazar efusivamente a su huésped americano, no sin mostrar su feliz complacencia por el rescate de su sobrina amada, la bella princesa Zobaya, y de su hombre de confianza, el coronel Mushaj. Estaba presente en la reunión, en el suntuoso y bellísimo palacio real de Yazdán, el embajador de los Estados Unidos en Masnak, así como un alto funcionario de los Servicios de Inteligencia norteamericanos en el golfo Pérsico. Marcus Dewey, cuya misión principal consistía en ayudar a Keith Barnes en su misión cuanto le fuera posible.

—Una aventura de la que, gracias al ingenio y valor de Keith Barnes, hemos salido con vida, tío —dijo la princesa dulcemente, mirando a Keith con admiración.

—Celebraremos una gran fiesta para conmemorar tan gran día —prometió el sultán—. Pero ello tendrá que ser después de la Fiesta Nacional de Yazdán.

—¿La Fiesta Nacional? —indagó Barnes.

—Sí. Se celebra mañana, en todo el país. Es un momento difícil, porque la lucha sigue en todo el Sultanato y en gran parte de esta misma ciudad. No sé por qué, esas doctrinas blasfemas han hecho

mella en la juventud, y el Antiprofeta ha ganado muchos adeptos a su siniestra causa. Hoy en día, uno no sabe en qué puede terminar esto. Precisamente acudirán millares de jóvenes a la plaza pública, donde debe llevarse a cabo la ceremonia anual, que esta vez, además, conmemora un centenario glorioso para el pueblo de Yazdán. Espero apelar a su conciencia patriótica y a su fe musulmana para salvarles de sus peligrosas veleidades ideológicas, por lo que no hay duda de que la fiesta de mañana será una verdadera prueba de fuego para todos.

Barnes arrugó el ceño, pensativo. Cambió una mirada con el embajador americano, que también se mostraba preocupado. Fue Marcus Dewey, el hombre de la CIA en el Golfo, quien expresó sus temores en voz alta, mirando a Barnes particularmente:

—Es un arma de dos filos la fiesta popular de mañana, Keith —dijo—. Si el sultán convence a su pueblo joven de lo imprescindible que es seguir viviendo en la fe y en el orden establecido, en las tradiciones del pueblo árabe y en sus destinos bajo la protección de Alá, todo irá bien y la revuelta en la capital cesará al fin, por falta de apoyo popular de la juventud. Pero si ocurriese lo contrario, si ese maldito y redivivo Mullahja o quien usurpa su nombre en mala hora, lograra convencer al pueblo de que es él quien tiene la razón y la fuerza, la juventud toda de Yazdán se volvería contra su rey y señor y contra sus principios de fe y de lealtad, iniciándose una escalada de violencia, de sangre y de destrucción que sólo Dios sabe cuándo y dónde terminaría. Los soviéticos están de acuerdo con nosotros en que, llegado el caso, es preciso adoptar medidas extremas conjuntas para evitar un caos así. Pero ¿podríamos combatir, incluso unidas ambas potencias, un movimiento ideológico de corte satánico, seguido por millones y millones de seres en todo el mundo árabe? Mucho me temo que no.

—¿Cómo podría suceder eso? Me refiero a que las doctrinas demoníacas de Mullahj, el Antiprofeta, llegaran a convencer al pueblo y a la juventud...

—Eso nadie lo sabe. Se teme cualquier cosa. Todos estamos seguros de que mañana es la fecha clave en todo esto. Se juega algo más que el destino de Yazdán en ese día. Es posible, amigo Barnes, que esté en juego el futuro del mundo.

Éste asintió, pensativo. El sultán, con su mejor sonrisa, fue hasta

él, le tomó por un brazo y murmuró suavemente, con tono persuasivo y afectuoso:

—Dejemos eso ahora, amigo Barnes. Y hablemos ambos privadamente de nuestras cosas. Desde que llegaste a Yazdán, me siento mucho mejor y más seguro. Confío en ti como confié en otros tiempos. Eres más que mi amigo, casi mi hermano. Sabes que, para un árabe, la amistad puede ser fraterna, inagotable como la luz de las estrellas...

—Lo sé, señor —asintió Keith sonriente—. Y me siento halagado y honrado por ello. Vamos, hablemos de todo lo necesario, especialmente de los pájaros de fuego. Yo tengo una idea al respecto y es que...

Estaban en ese punto junto a las grandes vidrieras de la fachada principal de palacio. De repente, los ojos de Keith se fijaron allá en el exterior, en la muralla que rodeaba la residencia real, en el centro de Masnak, vigilada por fuertes contingentes de tropas, en estado de alerta.

Un camión militar, de aspecto inofensivo, acababa de penetrar en el patio del palacio, tras salvar los controles de la entrada. De repente, ese camión, conducido por un soldado árabe, aceleró su marcha en dirección al edificio palaciego.

Fue como una luz roja encendiéndose de repente en su cerebro. Un dispositivo mental de alerta funcionó con precisión fulminante, de mecanismo electrónico. Barnes clavaba sus ojos en el rostro endurecido del chófer militar, en su mirada dilatada, vidriosa, en su gesto fanático... Y el camión aceleró más aún...

—¡Pronto, al suelo, señor! —rugió Barnes furiosamente—. ¡Lejos de esas ventanas!

Se arrojó sobre el sultán, ante el asombro de los demás y de la guardia real. Rodaron ambos hombres pesadamente por el suelo embaldosado y reluciente, tirando Keith de su amigo árabe con la mayor fuerza posible, lejos de la fachada.

El palacio todo se conmovió. Vidrios reventados, muros abriéndose como si fueran hechos de obleas de harina, muebles despedazados, estruendo, humo, llamas, gritos de terror y de muerte, caos repentino...

Todo eso siguió a la formidable explosión que lo sacudió todo igual que un castillo de naipes. Abajo, el camión militar era una

bola flamígera, saltando en millones de fragmentos, con su chófer dentro, mientras su carga explosiva hacía estallar gran parte del palacio y arrasaba toda su parte delantera, cuyo muro se desplomó hecho añicos en medio de la trágica confusión.

Keith Barnes y el sultán, como todos los demás, recibieron una lluvia de cascotes, pavesas y vidrios, envueltos en una espesa humareda polvorienta, pero la muerte no llegó a ellos gracias a la febril reacción del ex agente de la CIA...

—Has sido providencial, amigo mío. Un paso más, y hubiéramos muerto ambos...

—Así es, señor —asintió Keith gravemente, mientras el sultán era atendido por su médico de las leves heridas sufridas, y Zobaya se ocupaba de sus rasguños con amorosa dedicación, deslizand sus suaves dedos bronceados sobre la piel dañada del americano. Lynn Wilcox, que no había sufrido daños, por estar lo mismo que el coronel Mushaj y los funcionarios norteamericanos, más al fondo de la sala, lejos de los ventanales, miraba a la princesa árabe con cierta expresión de contrariedad y celos, pero eso Keith no parecía advertirlo siquiera.

—¿Cómo sospechaste el atentado suicida? —quiso saber el sultán, mirándole con profundo afecto y gratitud.

—Vi el camión y el gesto del hombre. Me pareció drogado. Tenía una expresión fanatizada. Aceleró demasiado bruscamente, y recordé de modo instintivo los atentados kamikazes del Líbano y de otros lugares. En seguida intuí que era un camión-bomba, cargado de explosivos y conducido por un fanático suicida, posiblemente drogado para su misión asesina. E hice lo único que estaba en mi mano hacer...

—Lo único que podía salvar mi vida en tan grave y delicado momento para todo el mundo árabe. Barnes —sentenció el sultán conmovido—. Ese camión, según los expertos, debía llevar al menos dos toneladas de explosivos. Se cuentan ya por un centenar largo las víctimas mortales entre mis tropas... Malditos asesinos enloquecidos, ebrios de sangre, de odio, de fe en lo oscuro y lo diabólico...

—Después de esto de hoy, ¿será prudente asistir mañana de modo personal a ese festejo popular, a la concentración masiva de jóvenes? —dudó el embajador norteamericano, con gesto sombrío.

El sultán Abd El Zakar alzó su rostro noble, sereno, dominando un rictus de dolor al suturar una de sus heridas su médico. Y dijo con firmeza inflexible:

—Estaré allí, señores, ocurra lo que ocurra. Mi ausencia sería funesta para todos. Eso convencería a la juventud vacilante de que Mullahja y su doctrina maligna son los más fuertes. Tal vez por eso realizaron hoy el atentado suicida contra palacio. Me necesitan muerto... o vencido. Mañana, tal vez esté muerto. Pero vencido... ¡jamás!

Barnes asintió. Pero mientras movía la cabeza, aprobador, sus ojos reflejaban, acaso por vez primera, una honda, ensombrecida preocupación y temor por la suerte del sultán, por la suerte de Yazdán, por la suerte del mundo árabe. Por la del mundo todo, tal vez...

CAPÍTULO IX

Era un espectáculo impresionante.

Una multitud compuesta por al menos un millón de personas, tal vez jóvenes en sus cuatro quintas partes, invadía la inmensa plaza octogonal y las avenidas adyacentes. En las casas cercanas se agolpaban gentes en balcones y ventanas, orlados por banderas de Yazdán. En lo alto de los minaretes de las mezquitas oraban algunos almuédanos, en busca de la bendición divina para el pueblo en peligro:

—Al-lah akbar. ¡La

il-lah

il

Al-lah...

Haye ala es saló! ¡Mohamed rasul

Al-lah' Haye

ala es saló! *(Alá es el más grande. No hay más Dios que Alá. Acudid a la oración. Mahoma es el profeta de Alá.)*.

Millares de soldados en fuertes contingentes armados, patrullaban y vigilaban toda la zona repleta de público, entre gallardetes y pancartas patrióticas. Las medidas de seguridad militar parecían perfectas, pero Barnes tenía sus dudas sobre todo eso. No podía olvidar que también los soldados del sultán eran jóvenes, envenenados por las doctrinas maléficas de Mullahja, y posiblemente muchos de ellos indecisos entre permanecer fieles al Corán o lanzarse a tumba abierta en el abismo negro del culto a las Tinieblas. Estaba convencido de que todo dependía de lo que ese día sucediera en la gran plaza pública, convertida en auténtica prueba de fuego para el sultán y para toda la fe del pueblo árabe.

Keith Barnes estuvo con el coronel Mushaj comprobando todas

las medidas adoptadas para la seguridad del sultán antes de llegar éste a ocupar el estrado desde donde se dirigiría a la multitud en una arenga decisiva para el futuro de todos. Luego. Mushaj se fue a revisar otros controles más distantes, y Keith se quedó en la gran plaza, junto al estrado mismo, tratando de hallar en los imperturbables rostros oscuros de la multitud, expresiones de serenidad o de fe. No pudo estar seguro de nadie. Un hálito impalpable de duda, de incertidumbre, flotaba sobre la inmensa masa humana, capaz de convertirse en fiel muchedumbre o en devastador marea destructora.

—Si al menos supiera lo que planea el enemigo... —susurró hablando consigo mismo—. Estoy seguro de que es algo decisivo, un golpe de efecto capaz de inclinar la balanza de su lado...

—¿Hablando solo ya? —Sonó el irónico comentario—. No le creía tan desequilibrado, amigo mío.

Se volvió. Era Lynn Wilcox, la obstinada reportera de TV la que hablaba. Llevaba en sus manos la cámara de filmación de video, dispuesta a tomar secuencias de la gran victoria patriótica e islámica de Abd El Kazar... o del fin de una era en el mundo musulmán y, posiblemente, en todo el mundo cristiano a la vez.

—Hay motivos para eso y para mucho más —manifestó apagadamente Keith, tomándola del brazo y llevándola con sigo tras el armazón de la plataforma real—. ¿Qué hace en este lugar, Lynn?

—Ya lo ve: cumplir con mi deber. Barnes. Debo filmar este reportaje.

—¿Qué espera de él? ¿Algo para estómagos fuertes, tal vez?

—No sea absurdo. No creo que suceda nada. ¿No ve las tropas? Hay casi más soldados que gente. Y ya es decir...

—No se fíe de nada. Lynn. Esos soldados pueden ser tan fáciles de convencer como los demás. Su uniforme no les hace distintos a los demás. Forman parte del pueblo, y si el pueblo se deja guiar por un fanático criminal que dice ser enviado del diablo, ellos también seguirán esa doctrina maldita. Dios quiera que nada de lo que temo llegue a suceder, amiga mía.

—¿Qué teme, exactamente? —se empezó a inquietar ella, mirándole.

—No lo sé, y eso es lo que me preocupa. Ese Mullahja o quién diablos sea el farsante que dirige esta trama tiene que hacer algo

grande para demostrar su poder. Y hoy es el día señalado para ello. No tendrá mejor ocasión que ésta, esté segura de ello.

—Ha logrado usted asustarme. Barnes. ¿Lo ha hecho a propósito?

—No. La aprecio, Lynn. No deseo que corra riesgos.

—Yo creí que apreciaba más a esa princesa árabe que a mí. O a su ardiente guerrillera del oasis... —manifestó ella con rencor.

—Vaya, no me diga que siente celos de ellas —rió Barnes de buen humor.

—¿Yo? ¿Celos de usted? —no se supo si enrojecía de ira o de vergüenza, pero dio media vuelta, alejándose airada, al tiempo que añadía—: Es usted un maldito presuntuoso. Barnes. No todas las mujeres se vuelven locas por usted. Yo, al menos... ¡jamás!

Y desapareció entre las hileras de soldados que montaban guardia, dominada por su enfado. Keith sonrió, moviendo la cabeza, y un clamor unido a una marcha militar le hizo olvidar de inmediato a la joven reportera, volviendo sus ojos hacia el origen de todo aquello.

El sultán llegaba con su escolta real y sus tropas de élite a la plaza. El clamor de la multitud era ensordecedor. Los vítores sonaban a su paso estruendosos. Pero el joven americano no se fiaba de esa explosión de fervor popular. Sabía que las masas cambian fácilmente de opinión si se las sabe moldear adecuadamente.

Sonriente, seguro de sí mismo, sin huellas psíquicas o físicas del reciente atentado sufrido, el sultán y su sobrina abrían la marcha en coche descubierto, y subieron al gran estrado con los colores nacionales cuando el vehículo se detuvo ante éste.

Barnes paseaba entre la gente, al pie del mismo estrado, dirigiendo miradas constantes en torno suyo, temiendo lo peor a cada momento. Su instinto le decía que el peligro estaba cerca. Pero no era capaz de discernir su forma real...

Comenzó la arenga presidencial, tras la introducción patriótica y fervorosa de su general el jefe de los ejércitos yazdaníes, mariscal Jeddar. El silencio en la multitud era tal, que incluso el vuelo de una mosca hubiera podido ser captado.

Con más motivo, por tanto, el siniestro y súbito aleteo de unas aves.

Barnes lanzó una imprecación de rabia, dirigiendo su mirada a las alturas, entre los blancos minaretes, las mezquitas y los edificios públicos.

¡Los pájaros llameantes descendían en una bandada inmensa sobre la multitud reunida en la plaza pública, como surgidos de la nada!

El sultán, repentinamente lívido, cesó de hablar. Elevó la cabeza, angustiado. La princesa Zobaya se levantó de un salto, clavando sus ojos aterrados en las mortíferas aves. Los soldados se movieron sin saber qué hacer.

Miles de voces gritaron algo simultáneo:

—¡Los pájaros de fuego del gran Mullahja! ¡Es el signo del poder del Antiprofeta!

Keith corrió vertiginosamente hacia el estrado. Hacia allí se dirigían también, en formación llameante, las aves flamígeras, tal vez más de un centenar de ellas, como terrorífica escuadrilla viviente de alados cuerpos envueltos en llamas.

Por si eso fuera poco, en lo más alto de un minarete blanco, una figura siniestra había sustituido a la de un almuédano orador, y una voz poderosa, expresándose en árabe, se elevó por todos los ámbitos de la plaza dominada por el pánico, como la más ardiente y persuasiva de las arengas, amplificadas por los altavoces:

—¡No temas, pueblo fiel! ¡Esos pájaros de fuego que señalan el retorno del Gran Mullahja y la apertura de la Piedra Púrpura para que el Corán Maldito supla al que ya nadie desea, son el símbolo de mi poder, y no van dirigidos contra vosotros, sino contra el tirano que personifica la fe oscurantista de una religión indigna y de una política servil y cobarde! ¡Lanzaos todos a la lucha junto a mis pájaros de fuego vengadores! ¡Somos los más fuertes, os lo estoy probando! ¡Yo soy Mullahja, el Antiprofeta! ¡Y vosotros, el pueblo que ha de seguirme, para el triunfo del mundo árabe!

Un clamor estentóreo se elevó de la multitud, convencida del poder de Mullahja ante la presencia pavorosa de los pájaros de fuego. Barnes clavó sus ojos allá, en la cúpula del minarete, en el tenebroso personaje que se llamaba a sí mismo Mullahja. Era una figura gigantesca, enorme, envuelta en flotantes ropajes negros, y cubiertos cabeza y rostro por un manto y un velo negros, a la usanza de las mujeres musulmanas. Sus manos extendidas,

enguantadas en negro, eran como garfios de otro pájaro maligno, dirigiendo a sus aves de la muerte contra el sultán y sus leales, mientras la multitud, enfervorizada, persuadida por la voz del Mullahja y por el vuelo de los temibles pájaros llameantes, que sobrevolaban ya el estrado con sus aterrados ocupantes, rompía los cordones militares, hechos por soldados no demasiado firmes en sus convicciones ante lo que veían.

Keith Barnes supo en ese momento que todo estaba perdido, a menos que frenase a los pájaros candentes en su vuelo alegórico y mortífero. Cuando vieran caer al sultán y a los demás como heridos de muerte, la suerte estaría echada. El mundo entero sería pronto fiel seguidor de las consignas demoniacas.

Esta vez no poseía aire líquido para ello. Hubiera sido imposible proteger con tal sistema a tantas personas amenazadas. Además, los pájaros eran demasiados. Más de cien, con toda seguridad. E iban a caer de un momento a otro sobre el sultán, la princesa y los altos dignatarios y cuerpo diplomático acreditado, que corrían ya atemorizados para intentar huir de la plataforma convertida en escenario de muerte.

En medio de aquel caos total, devastador, que pronto se convertiría en oleada humana destructora, Keith mantuvo la suficiente serenidad para hacer lo único que su fría lógica, su razón y sus sospechas le invitaban a llevar a cabo, olvidándose de toda la escenografía grandilocuente de aquel tenebroso ser llamado Mullahja. Miró al minarete donde asomaba el ser de negras ropas. Varios guerrilleros armados hasta los dientes escoltaban a su amo y señor en torno, apuntando con sus armas en derredor, pero sin disparar. La distancia era grande. Pero valía la pena probar.

Saltó al estrado Barnes, en medio de una confusión total. Cayó junto a uno de los guardianes de élite que escoltaban al sultán, y que pese a empuñar un potentísimo rifle de mira telescópica y gran calibre, corría despavorido como todos los demás, buscando huir de la bandada de pájaros llameantes que se le venía encima.

Keith le derribó de un seco y certero directo al mentón, arrebatándole el rifle y corriendo hacia el punto más alto del estrado, donde ondeaba la bandera de Yazdán, encima de los asientos de los altos dignatarios. Los pájaros estaban ya sobre todos ellos, como una nube ardiente, flamígera y devastadora, a punto de

atacar y matar...

Entonces, Keith Barnes apuntó con su potentísimo rifle al minarete. Centró el blanco. Las coordenadas se cruzaron sobre la cabeza negra del enmascarado Mullahja arengando al pueblo a través del potente sistema de altavoces.

Apretó el gatillo. Una sola vez.

La bala llegó a su destino.

Vio oscilar la figura, llevarse las manos a la cabeza. La sangre brotó tumultuosa bajo los velos, corrió por su túnica negra, escapó entre sus dedos enguantados de negro. Los guerrilleros le miraron, asustados, incrédulos. Mullahja exhaló un alarido de agonía, repetido cien veces por cien potentes altavoces por calles y plazas. Todos volvieron la cabeza hacia el poderoso señor de las Tinieblas.

Estupefactos, vieron caer por la barandilla circular del alminar la forma negra, envuelta en telas negras flotantes, hasta estrellarse en el pavimento y quedar inmóvil, al pie de la mezquita. Bajo aquellas telas se veían ahora unos largos zancos articulados, el armazón de un falso gigante hecho de materia mortal como la de todos.

Mullahja había vuelto a morir ante todos sus fanáticos seguidores, si es que alguna vez había llegado realmente a resucitar.

Y, lo que era más sorprendente, tras el desesperado, patético disparo de Keith Barnes sobre el Antiprofeta, ahora los pájaros agresivos eran sólo una lluvia de pavesas, cuerpos incendiados pero rígidos, que caían en tropel sobre la gente, quemando ligeramente sus cuerpos, para rodar luego y quedar inmóviles en tierra, como una bandada sorprendida en pleno vuelo por los gélidos vientos del invierno.

Ni uno solo del centenar largo de pájaros llameantes, símbolo del poder oscuro de Mullahja, sobrevivió a tan extraño e inexplicable exterminio súbito.

El sultán, al advertir todo eso, corrió a los micrófonos y comenzó a arengar a la multitud con palabras oportunas, encendidas de fervor:

—¡Ved la mano de Alá en todo lo sucedido! —clamó—. ¿Dónde está el poder del Antiprofeta, que sólo es un monigote disfrazado para impresionarnos? ¿Dónde la fuerza de los legendarios pájaros de fuego símbolo de su poderío? ¡Ved lo que queda de esa fuerza

que pensabais todos seguir ciegamente! ¡Ved lo que había detrás de tanta farsa! Mentiras y sólo mentiras, que Alá, el único Dios, ¡ha sido capaz de descubriros a tiempo! ¡Demos gracias a Alá, confiemos en su perdón a nuestra debilidad, y seamos hombres dignos y justos tras esta confusión que nos debe avergonzar a todos!

Lentamente, las aguas volvían a su cauce. Barnes respiró hondo, bajando del estrado. La princesa y el sultán le miraron de lejos, con una sonrisa de infinita gratitud y admiración.

Lynn Wilcox apareció entre la multitud, cámara en ristre. Pero no enfocó a Keith. En vez de ello se arrojó en sus brazos y le besó en los labios ardorosa, apasionadamente.

—Tengo que confesarlo, Barnes —dijo espontánea—. No sólo estoy loca por ti, sino que te considero el hombre más grande del mundo...

—Aún me pregunto qué pudo suceder para que, al morir Mullahja, los pájaros cayeran abatidos, como fulminados, sin que nadie los tocara —confesó el sultán, perplejo.

Keith sonrió, sentado frente al monarca yazdí. Sus palabras fueron calmosas:

—Intuí lo que sucedía. Esas aves no eran lo que parecían. Si eran aves, pero manipuladas, convertidas en simples robots por alguien, ya que no eran por sí mismas agresivas. ¿Qué podía darles la agresividad? Imaginé un control remoto. Pero entonces, todas eran accionadas a distancia simultánea mente por un mismo mando. Y, por tanto, algo electrónico había en ellas. Eran, simplemente, androides hechos de un cuerpo de pájaro... y un cerebro amoldado electrónicamente. Los chips o microcircuitos pueden hacer milagros así y aún mayores. Un experto en tales lides manejaba a los pájaros, con su sustancia abrasadora en forma de gas que, envolviendo su cuerpo, ardía dándoles ese aspecto llameante, pero sin quemar sus pieles, sus plumas. Fuego que ellos transmitían a través de los poros al tejido humano interior. Imaginé que sólo el propio Mullahja podía ser su manipulador. Matándole a él, los pájaros no serían nada, salvo robots sin control. Y así sucedió. Muerto él, murieron los pájaros.

—De modo que todo era un inmenso truco...

—Todo, señor. Empezando por ese falso Mullahja. Un hombre astuto y ambicioso como pocos, planeando el poder sobre todo el

mundo árabe primero, tal vez luego sobre el mundo...

—¿Y.... quién es en realidad, el difunto Mullahja falso? —indagó la princesa.

—Alguien que conocíamos muy bien. Alteza —sonrió Keith—. Que envió sobre nosotros los pájaros llameantes en el desierto, sin ser él atacado. Alguien que, al ir con nosotros, evitó que los guerrilleros del oasis nos cosieran a balazos. Alguien que tenía toda la confianza del sultán y podía conocer todos sus movimientos de antemano...

—Dios mío —musitó Lynn, palideciendo y mirando en torno, ante la ausencia de un significado personaje dentro de palacio—. No me digas que era...

—Sí, Lynn —suspiró el ex agente de la CIA—. El coronel Ahmed Mushaj, jefe de Seguridad del sultán y compañero nuestro de infortunios en el desierto. El dispuso el secuestro del avión, mi interrogatorio por hipnosis... Al no resultar, siguió con nosotros fingiéndose leal, para combatir mis métodos. Y casi triunfó hoy, al aparecer al fin dando la cara, bajo aquella máscara y aquellas ropas. He visto su cadáver antes de venir. Nunca maté a nadie a sangre fría, pero esta vez era irremediable. Se trataba de él... o de millones de seres en todo el mundo.

—No sientas escrúpulos de conciencia, amigo mío —le confortó el sultán, apretando su brazo efusivamente—. Gracias a ese único disparo, has salvado mi reino, y a todos los países del Golfo Pérsico en principio. Millones de vidas se salvan con la muerte de un canalla sin conciencia. Nunca olvidaré lo que has hecho por todos nosotros.

—Nadie lo olvidará, estoy segura —afirmó Zobaya, acercándose y besando a Keith en los labios.

Lynn Wilcox, despechada, giró la cabeza, mordiéndose los labios.

Más tarde, pocos días después, de regreso a los Estados Unidos en otro avión real tan suntuoso como el destruido en el desierto, Lynn Wilcox se sentía bastante mejor que en aquel momento, cuando Keith Barnes, rodeándola con sus brazos inesperadamente, la atrajo hacia sí, miró a los ojos de la bella pelirroja y, antes de besar sus carnosos labios, musitó con voz apasionada:

—No seas celosa, querida. La guerrillera Minaqa fue solo una

aventura que yo no busqué. Ardiente, pero una aventura fugaz. La princesa Zobaya es para mí como una hermana pequeña. Pero tú... tú me gustas, Lynn. Me gustaste ya aquel día en mi casa. Lástima que te fueras tan inesperadamente. No me gusta que corras riesgos en lo sucesivo.

—¿Y tú? —musitó ella, estremecida de placer.

—Eso formó parte de mi trabajo. Ahora queda definitivamente atrás. Vamos a disfrutar juntos de una paz merecida, ¿qué te parece?

—¡Que eres el hombre más maravilloso del mundo, amor mío!

Y se aferró a él, en la salita confortable del avión real, para demostrarle fehacientemente que, si la guerrillera árabe era apasionada, ella no le iba a la zaga cuando encontraba al hombre capaz de despertar sus instintos más femeninos.

FIN

¿Cuántos cabellos ha perdido usted hoy?

¿Ha mirado
bien el
pelne, la
almohada y
el lavabo?



A.D.G.O.F. N° 75 564 C A.D.G.O.F. N° 72 690 C

¡Olvide los
cabellos
caídos,
pero procure
conservar
los que le
quedan!

¡No espere a quedarse calvo!

Un buen consejo para usted: Utilice Queratin Loción y Queratin Champú

Aplice usted el procedimiento más efectivo para procurar resolver los problemas de su cabello, que consiste en usar una buena loción con el objeto de que le facilite el proceso regenerador de las raíces capilares.

Con esta finalidad se elaboran y comercializan con mucho éxito los preparados Queratin Loción y Champú Universal Queratin, que por su gran efecto tónico son muy recomendados para evitar la caída del cabello y acelerar su crecimiento.

A los pocos días del uso metódico de Queratin Loción y Champú Universal Queratin usted notará su influencia en el estado general de su cabello y continuado el tratamiento podrá observar pronto apreciables y beneficiosos resultados.

Por sus excelentes y valiosos efectos los preparados Queratin son muy aconsejados para hombres y mujeres en los siguientes casos:

- Eliminar gradualmente la caspa y el exceso de grasa del cuero cabelludo.
- Fortalecer y cuidar las raíces mejorando el aspecto decaído del cabello.
- Proporcionarle a éste mayor volumen y brillo, dejándole sedoso, suave y fácil para peinar.

(Continúa en la página siguiente)

Procure usted resolver cuanto antes los problemas de su cabello sin esperar a que se acentúen usando los productos Queratin, pues es más fácil detener una deficiencia capilar naciente que el remediar un problema que se haya convertido en crónico.

Si ya tiene usted cabellos normales y vigorosos consérvelos como hacen infinidad de personas que aplican continuamente con constancia y regularidad Queratin Loción y Champú Universal Queratin, para ayudarse a conservar la cabellera joven y sana, disfrutando además de su agradable y discreto perfume.

¡Beneficiése usted también de la acción bienhechora que proporcionan los magníficos productos QUERATIN!

¡NO LO DUDE! Haga HOY MISMO la petición enviando a Selecciones Europeas, Apartado de Correos, n.º 330, Santander (España), el boletín de pedido con su dirección completa escrita a máquina o con letra muy clara, en sobre cerrado y debidamente franqueado, y si no quiere recortar el boletín pa-

ra no estropear la novela facilítenos en carta sus señas igualmente con todos los datos de la misma forma, rogándole nos diga además, que su pedido es como consecuencia de haber leído el anuncio de las novelas de la Editorial Bruguera, S.A.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso a los siguientes precios:

QUERATIN LOCION

Frasco: 975 pesetas.

Contenido 200 ml.

CHAMPU UNIVERSAL QUERATIN

Frasco: 875 pesetas.

Contenido 200 ml.

Gastos de embalaje y envío certificado: 250 pesetas.

Ventas para el extranjero: Los dos frascos QUERATIN (Loción y Champú) incluidos los gastos de embalaje y envío certificado, aéreo y urgente, 30 DOLARES USA, acompañando esta cantidad en billetes grandes muy disimuladamente en la carta certificada de pedido, o adjuntando Cheque bancario con firma de gerencia, con la absoluta seguridad de que se lo serviremos a correo seguido.

BOLETIN DE PEDIDO

Selecciones Europeas, Apdo. Correos n.º 330- Santander (España)

Ventas para España: Señale con una X en los recuadros del artículo que le interesa y el número de frascos.

☐ Queratin Champú ☐ Número de frascos
☐ Queratin Loción ☐ Número de frascos

Nombre

Apellidos

Calle Número Piso

Población Distrito Postal

Provincia



9 788402 025135

11736



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.